

## CAPÍTULO XXI

---

Fundación del noviciado de Vauban. La enfermedad del Padre Champagnat se agrava.  
El piadoso fundador pone en orden los asuntos temporales del Instituto.  
Hace confesión general y recibe el santo Viático. Alocución a los Hermanos con este motivo.  
Algunos reproches que se hace a sí mismo

Aunque el Padre Champagnat notaba cómo sus fuerzas disminuían y su enfermedad se iba agravando día a día, nunca se resignó a cuidarse y descansar. Y así, pocos días después de terminar el retiro de los Hermanos, se fue con otro Padre a La Côte-Saint-André para dar un retiro a los internos<sup>1</sup>. Se hallaba tan extenuado, tan débil, que cuantos lo veían se sentían movidos a profunda compasión. Su aspecto bondadoso, la piedad y santidad que irradiaba su rostro causó tal impresión en los alumnos del internado que la mayoría quiso confesarse con él.

No se cansaban de contemplarlo y de admirarlo y se les oía decir unos a otros: “Este sacerdote es un santo.” Las instrucciones y exhortaciones del buen Padre obtuvieron abundantes frutos de salvación; y su recuerdo perduró largo tiempo en muchos de ellos como bálsamo de piedad y virtud.

Después del retiro de La Côte-Saint-André, el piadoso Fundador emprendió viaje a Autun<sup>2</sup>. Monseñor Benigno del Troussel de Héricourt<sup>3</sup>, obispo de la diócesis, había comprado el castillo de Vauban<sup>4</sup> con la idea de instalar en él un noviciado de Hermanos educadores. Y con el deseo de ofrecer esta obra al Instituto de los Hermanos de María<sup>5</sup>, había pedido al Padre Champagnat que fuera a verlo para tratar del asunto<sup>6</sup>. Su Excelencia hizo cesión de la casa de Vauban<sup>7</sup> y de todas sus dependencias a la Sociedad con la única condición de que se instalara en ella un noviciado y que se fundaran escuelas en las parroquias de su diócesis que estuvieran dispuestas a proporcionar a los Hermanos cuanto exigía su Regla.

El venerable prelado quedó tan edificado de la humildad, modestia y sencillez del Padre Champagnat; tan satisfecho de su conversación, de su espíritu y actitud que después de haber firmado el acta de donación de la propiedad de Vauban, echándose en brazos del piadoso Fundador, lo abrazó tiernamente, diciendo: “¡Gracias a Dios, ya soy totalmente Marista!”

Un mes más tarde, el Padre se trasladó a Vauban con algunos Hermanos para tomar posesión de la casa e inaugurar el noviciado. La apertura se realizó el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen. Por ese motivo, y por la especial devoción que el Padre Champagnat profesaba a ese glorioso privilegio de la Madre de Dios, el noviciado quedó bajo el patrocinio de María sin pecado concebida.

Ésta fue la última fundación del piadoso Fundador. En algunos aspectos era distinta de la primera. Se lo recordaba a uno de los Hermanos más antiguos que lo acompañaba, con palabras impregnadas de sentimientos de temor y gratitud:

“Hermano<sup>8</sup> –le dijo–, ¡qué poco se parece esta casa a la pobre casita que nos sirvió de cuna en Lavalla! ¡Cuán cierto es que se da el céntuplo a los que siguen a Jesús!<sup>9</sup> Por cuatro nonadas que hemos dejado, Dios nos regala un castillo. Pero en una casa así, ¿no correremos el riesgo de aflojar en humildad, modestia y pobreza? Esto me preocupa e inquieta. Sólo me tranquiliza que no hemos deseado esta casa ni hemos hecho nada por conseguirla y que ha sido Su Excelencia quien, de alguna manera, nos ha obligado a aceptarla.”

Luego, mientras la recorría con el Hermano Director<sup>10</sup>, mandó retirar los objetos lujosos que encontró y cuanto podía herir el espíritu de pobreza. Cuando hubieron recorrido todas las estancias de la casa, lo llevaron a los pajares, graneros y cuadras. Mirando

en derredor, exclamó: “Hermanos, esto es lo que nos hacía falta, aquí sí que hubiéramos estado alojados con la modestia que requiere nuestra condición.” Y volviéndose al Hermano Director, añadió: “Recuerde, Hermano, que somos hijos de Belén, Hermanitos de María; conserve cuidadosamente en su persona los sentimientos que tendrían Jesús y María en el establo de Belén y en la pobre casita de Nazaret, y esfuércese por inspirárse-los a los novicios.”<sup>11</sup>

\* \* \*

Todos estos viajes, en los que sufría sobremanera, terminaron por agotar sus fuerzas y arruinar la poca salud que le quedaba. No podía ser menos, pues a menudo pasaba días enteros sin apenas probar bocado, ya que su estómago no soportaba ningún género de alimento. “Cuidaos, comed bien –decía a los Hermanos que estaban con él–; lo necesitáis para conservar la salud y trabajar con brío en la obra de Dios. Por lo que a mí se refiere, parece que estoy reñido con el alimento, ya que, lejos de aprovecharme y fortalecerme, me agobia y me pesa como una montaña. No puedo tomar nada, ni siquiera verlo; es el anuncio de que me hallo al fin de mi carrera.”

Pasó muy mal el invierno. Su alimentación se limitaba a caldos, algo de leche u otros alimentos ligeros que sólo podía tomar en pequeña cantidad; y, aun así, a menudo se veía obligado a devolverlos.

A pesar de los sufrimientos, no quiso eximirse de seguir el reglamento de la casa. De modo que continuó levantándose a las cuatro, como los Hermanos, celebrando la misa comunitaria, acudiendo al refectorio a la hora de las comidas –aunque en la mayoría de los casos casi nunca tomara nada–, asistiendo a los recreos y yendo al trabajo. Su mayor satisfacción y consuelo consistía en estar con los Hermanos, orar y trabajar con ellos y encontrarse con la comunidad.

Unos días antes de verse obligado a guardar cama, aún quiso ir a trabajar con los canteros<sup>12</sup>; y aunque se hallaba tan débil que apenas podía caminar, tomó las herramientas con la energía de siempre y se puso a trabajar hasta que se le cayeron de las manos. Los Hermanos y obreros, que presenciaron la escena y le habían rogado que no se le ocurriese trabajar y que se conformase con mirar, se conmovieron hasta llorar. Uno de ellos lo tomó del brazo para sostenerlo y ayudarlo a volver a casa. Desde ese día ya no volvió al trabajo y apenas salió de casa.

El Miércoles de Ceniza<sup>13</sup> sufrió un violento ataque de riñones que ya no le abandonó hasta su muerte. El dolor se hizo tan intenso que apenas podía permanecer acostado.

Ya durante el invierno se le hinchaban las piernas de vez en cuando; pero ahora aumentó considerablemente la hinchazón que tampoco le abandonó más.

Siempre sereno, siempre alegre, siempre conforme con la voluntad de Dios, veía sin miedo ni tristeza cómo el dolor y la descomposición iban invadiendo todos sus miembros.

Un día, mirando al Hermano<sup>14</sup> que le daba masajes en las piernas para reducir la inflamación, le dijo bromeando: “¡Cuántas veces va a contar después de mi muerte que me ha frotado las piernas! Le agradezco de veras este acto de caridad; no tiene que ser agradable frotar las piernas de un cadáver y menos aún las de un pecador.”

Pese a los dolores nefríticos y a la hinchazón de las piernas, seguía, en lo posible, acompañando a la comunidad.

Hizo con gran fervor el mes de san José para pedir una buena muerte. Rezaba diariamente las letanías del santo esposo de María; y cuando ya al final de su vida no podía hacerlo por sí mismo, quiso que un Hermano las rezara junto a su cama.

El día de la fiesta de este gran santo, después de haber dado la bendición con el Santísimo, dijo que era la última vez que la daba en ese día.



Desde entonces, tuvo presentimiento de su muerte cercana y, dando de lado a todos los demás asuntos, incluso los buenos, sólo quiso ocuparse en prepararse a bien morir.

En primer lugar, puso en orden los asuntos temporales de la casa tomó todas las precauciones para asegurar que los Hermanos pudieran disfrutar del patrimonio de la congregación, que hasta entonces figuraba a su nombre. Para no equivocarse en punto tan importante, llamó a un notario<sup>15</sup> y a otras personas idóneas, para asesorarse sobre la fórmula más segura de testamento. Después de haberlo estudiado con ellas mucho tiempo y haberlo tratado detenidamente con los principales Hermanos, se decidió a traspasar los bienes del Instituto a los Hermanos de su Consejo por contrato de sociedad ante notario<sup>16</sup>. Hizo, además, un testamento por el que nombraba como herederos universales a los mismos Hermanos.

Poco después de haber concluido estos requisitos, vino a visitarlo el padre Maîtrepie-re<sup>17</sup>, al que rogó que se quedase unos días con él para que lo ayudara a hacer confesión general. Se confesó, efectivamente, con profundos sentimientos de arrepentimiento y dolor. Su alma, tan delicada, hallaba defectos aun en las acciones más santas y se reprochaba como falta e imperfección aquello que una conciencia menos acrisolada consideraría bueno o indiferente. El temor del juicio divino turbaba a veces la serenidad de su alma; pero la gran confianza que tenía en los méritos de nuestro divino Salvador apaciguaba pronto sus temores y lo tranquilizaba de nuevo.

El Jueves Santo quiso ir a celebrar la santa misa a La Grange Payre<sup>18</sup>. Intentaron disuadirlo, pero les dijo: “Dejadme, ya que es la última vez y, si espero un poco más, ya no podría despedirme de aquellos buenos Hermanos y de sus niños.” Viajó a caballo y, después de celebrar el santo Sacrificio, quiso ver a los internos. Les dijo: “Hijos míos, Dios os ha concedido una gracia especial al procuraros maestros piadosos y virtuosos, que continuamente os están dando buen ejemplo y os ofrecen sólida instrucción sobre las verdades religiosas. Aprovechad bien sus enseñanzas, seguid las exhortaciones que os dan e imitad sus buenos ejemplos. Recordad que Jesús os ha amado mucho, que murió por vosotros y os reserva una dicha eterna en el cielo. No olvidéis que el pecado, que es el peor de todos los males, os puede hacer perder esa felicidad. Temed, pues, el pecado, consideradlo como vuestro mayor enemigo, y pedid diariamente a Dios que os preserve de cometerlo. Conseguiréis esa gracia y salvaréis vuestra alma si tenéis mucha devoción a la Santísima Virgen y le rezáis cada día el *Acordaos* u otra oración para ponerlos bajo su amparo. Sí, queridos niños, si tenéis confianza en María, ella os obtendrá la gracia de ir al cielo, os lo aseguro.”

Al llegar al Hermitage, dijo: “He visto La Grange-Payre por última vez. Estoy satisfechísimo de haber hecho esta visita y ha sido para mí muy consolador ver a aquellos niños y animarlos a ser buenos.”

La víspera del mes de mayo, aunque se hallaba muy débil y con fuertes dolores, quiso iniciar personalmente el ejercicio del mes de María y dar la bendición con el Santísimo Sacramento. Pero quedó tan extenuado y se encontró tan mal que de vuelta a su aposento exclamó: “Esto se acabó: siento que me voy.”

En aquel momento llegaba el Hermano Estanislao. Al verlo el buen Padre, más contento de lo habitual, le preguntó:

– ¿Qué le pasa, Hermano, que lo veo tan contento?

– Pues verá, Padre –respondió el Hermano–, durante el ejercicio del mes de María que acabamos de iniciar, se me ha ocurrido la idea de que la Santísima Virgen, movida por nuestras oraciones, le devolverá la salud antes de terminar el mes.

- Se equivoca, Hermano -replicó el Padre-, el final del mes de María va a ser muy doloroso para mí. Me esperan grandes sufrimientos, pero cuento con la ayuda de la divina Madre para sobrellevarlos con paciencia y resignación.

No se equivocaba. A finales de mayo, los dolores se hicieron insoportables; pero gracias a la protección de la Santísima Virgen, en la que tenía plena confianza, su paciencia y resignación fueron superiores.

Al día siguiente vino a verlo uno de los primeros Hermanos y, después de haber conversado un rato con él, le dijo:

- Padre, ¡cuánto necesitamos que Dios nos lo conserve aún por algún tiempo! ¿Qué será de nosotros y quién dirigirá la Sociedad si usted llega a faltarnos?<sup>19</sup>

- Querido Hermano -le contestó el piadoso Fundador-, no sufra por ese motivo. ¿Cree que le faltan hombres a Dios para llevar adelante su obra? El Hermano que habéis elegido para sucederme lo hará mejor que yo. El hombre es sólo un instrumento, o mejor, no es nada: Dios es quien lo hace todo. Usted debería entender mejor esta verdad por ser de los más antiguos y haber sido testigo de los comienzos del Instituto. ¿Acaso la Providencia no ha cuidado de nosotros? ¿No ha sido ella quien nos ha reunido y nos ha sacado airosos de todos los obstáculos que hemos encontrado? ¿Quién nos ha proporcionado recursos para construir esta casa, quién ha bendecido las escuelas y las ha hecho prosperar, a pesar de que somos hombres de escasas dotes? En resumidas cuentas, ¿no es acaso la divina Providencia quien lo ha hecho todo entre nosotros? Ahora bien, si se ha ocupado del Instituto hasta ahora, ¿por qué no va a seguir cuidándolo en lo sucesivo? ¿Piensa que va a dejar de protegerlo porque haya un hombre menos? Desengáñese, amigo. Insisto: los hombres nada significan en esta obra. Dios la bendecirá, y no en atención a los hombres que la dirigen, sino por su inmensa bondad y por los designios de misericordia que tiene con los niños que nos están encomendados.

Del mismo modo habló al Hermano Estanislao que se lamentaba y lloraba, tanto por el dolor de la separación como por el temor del perjuicio que su muerte ocasionaría al Instituto.

"Pobre Hermano -le dijo un día-, ¡qué poca fe y confianza tiene en Dios! O sea, ¿creía usted que la prosperidad de la casa se debía a mi persona? Pues le advierto que todo irá mejor después de mi muerte, y los progresos de la congregación van a ser más rápidos que nunca. Podrá comprobar por sí mismo la verdad de cuanto le estoy diciendo y entonces acabará por comprender que no hemos de poner nuestra confianza en los hombres, sino en Dios que lo es todo y lo hace todo."

En su profunda humildad, el piadoso Fundador pronunciaba así una profecía que el Hermano vio cumplida en toda su amplitud. A la muerte del Padre Champagnat, el Instituto contaba con sólo cuarenta y cinco casas<sup>20</sup>, trece años después, al morir el Hermano, eran ya doscientas cincuenta.

Pero no sólo los Hermanos temían que la muerte del buen Padre paralizase su obra. Cuantos venían a verlo le hablaban en este sentido y le decían:

- Dios le devolverá la salud, pues usted es imprescindible para la comunidad.

- Dios no tiene necesidad alguna de mí -respondía-. Estoy convencido de que soy más bien un estorbo y que después de mi muerte la comunidad funcionará mucho mejor.

\* \* \*

El tres de mayo celebró la santa misa por última vez. Después de la acción de gracias dijo: "Acabo de celebrar la última misa, y me alegra que haya sido la de la santa Cruz<sup>21</sup>: por esta santa Cruz nos vino la salvación, y en ella murió nuestro divino Salvador."

Desde entonces sus dolores se agudizaron día a día y apenas le dejaban un momento de reposo. Más que sus propios sufrimientos lo afligía y preocupaba la pena y el dolor que su enfermedad ocasionaba a los Hermanos. La tristeza en que los veía sumidos le arrancaba lágrimas y lo movía a ocultar, el mayor tiempo posible, la gravedad de su estado.

Pero al ver que sus fuerzas se agotaban y presintiendo, por los síntomas de la enfermedad, que la muerte no podía estar lejana, llamó al Hermano Estanislao y le dijo:

“Me gustaría poder aplazar lo que voy a decirle por la pena que les va a causar a todos. Pero no puedo, pues siento que esto se acaba. Deseo que esta tarde me administren los últimos sacramentos. Prepare lo necesario en la sala de comunidad, para que todos los Hermanos sean testigos de la ceremonia y pueda verlos reunidos, despedirme de ellos y dirigirles unas palabras de consuelo.”

Si por un lado este acto supremo era motivo de consuelo para el corazón paternal del buen Padre, por otro le resultaba penoso en extremo; y pensar que iba a ser la última vez que veía a los Hermanos le oprimía el corazón.

A las cinco, todos los Hermanos y postulantes se hallaban reunidos en la sala de conferencias, donde todo estaba dispuesto para la ceremonia. Llegó revestido de sobrepelliz y estola. Su aspecto y estado de debilidad y sufrimiento impresionaron profundamente a los Hermanos, hasta hacerles llorar.

Después de haberse sentado en un sillón, juntó las manos y se recogió unos momentos para prepararse a la recepción de los últimos sacramentos. Recibió primero la extremaunción. Un Hermano se le acercó para quitarle los calcetines, pero no lo consintió y se los quitó el mismo. Luego le administraron el santo viático, que recibió con visibles muestras de humildad, respeto y amor. Una vez concluida la ceremonia, quedó unos minutos recogido, adorando y dando gracias a Jesucristo con aquella piedad y fe viva que le eran habituales al celebrar la santa misa, y que la solemne circunstancia en que se hallaba hizo más intensas y sensibles.

Alzó luego la mirada y, dirigiéndola en torno a los Hermanos, con una voz débil, enternecida, pero patética, les habló así:

“Mis queridos Hermanos, *acordaos de vuestras postrimerías y no pecaréis jamás*<sup>22</sup>. Ahora comprendo, como lo comprenderéis vosotros el día que os encontréis en mi situación, que con razón afirma el Espíritu Santo que si pensáramos en la muerte y lo que va a seguirla, nunca cometeríamos pecado, jamás nos aferraríamos al mundo ni a los bienes terrenales. ¡Ah!, a la hora de la muerte sólo se tiene un pesar: no haber trabajado bastante por Dios, por la salvación del alma y para merecer el cielo.

Amigo míos, nos encontramos juntos por última vez. Lo que os encarezco<sup>23</sup> sobre todas las cosas, antes de separarnos, es que os améis unos a otros<sup>24</sup>. Acordaos de que sois hermanos, que María es vuestra Madre común y que todos estáis llamados a la misma herencia, que es el cielo. Amaos, pues como Jesucristo os ama, como os ama María vuestra Madre. Mostrad ese amor tolerándoos, prestándoos servicio, ayudándoos mutuamente. Y no olvidéis nunca que, por la caridad, la vida religiosa será para vosotros agradable, un paraíso en la tierra. Tenéis que manteneros tan unidos, tan acostumbrados a toleraros, a procurar hacerlos la vida dichosa, que se os puedan aplicar las palabras de la Sagrada Escritura: *¡Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos!*<sup>25</sup>

Después de la caridad, la virtud que deseo y os recomiendo más encarecidamente es la obediencia. No es que tenga queja de ninguno de vosotros en este aspecto; al contrario, me es grato manifestar que siempre os he hallado dóciles a mi voluntad. Lo que deseo, pues, es que obedezcáis a mi sucesor como me habéis obedecido hasta hoy. Obedeciendo, estáis seguro de cumplir la voluntad de Dios, Para un religioso, la obe-

diencia es el camino real paraíso; si no se aparta de esa vía, llegará a él infaliblemente. ¡Oh, qué dichosos seréis a la hora de la muerte y qué recompensa os aguarda si se puede decir de vosotros: ha sido obediente toda su vida!

Hijos míos: ¡ah, qué a gusto se muere en la Sociedad de María! Os aseguro que éste es hoy mi mayor consuelo. Sed, pues, fieles a vuestra vocación, y para ello, observad la Regla, pues la sumisión a la Regla os alcanzará la perseverancia, os hará apreciar las obligaciones de la vida religiosa y os las volverá fáciles. Amad vuestra vocación, perseverad en ella; por ella quiere Dios salvaros. Y, en efecto, os salvaréis si tenéis la dicha de morir en la Sociedad de María. He visto morir a muchos Hermanos. Pues bien, no he encontrado uno sólo que en su lecho de muerte se haya arrepentido de haberse hecho religioso, de haber perseverado en su vocación y morir con el hábito de Hermano de María.”

Al pronunciar estas palabras, se le apagó la voz, le fallaron las fuerzas y no pudo proseguir. Después de una breve pausa, continuó:

“Hijos míos, no puedo continuar. Termino, pues, pidiendo perdón aquí, ante Nuestro Señor, a todos vosotros por los malos ejemplos que haya podido daros. No recuerdo haber causado voluntariamente pena a nadie; pero si lo he hecho, le pido perdón sinceramente.”

Los Hermanos, que habían escuchado sus exhortaciones con profundo recogimiento, estaban conmovidos, enternecidos y afectados en sumo grado, tanto por las palabras que les había dirigido como por el estado en que lo veían. Cuando le oyeron pedir perdón, prorrumpieron en sollozos y cayeron de rodillas ahogados por el dolor. Uno de los Padres capellanes<sup>26</sup>, testigo de esta escena desgarradora, exclamó: “¡Queridos Hermanos, somos nosotros quienes hemos de pedir perdón al venerable Padre Champagnat!” Pero los Hermanos estaban tan profundamente impresionados, tan sumidos en la angustia que ni siquiera le oyeron y continuaron como anonadados.

El mismo Padre se hallaba en extremo conmovido y enternecido; y a pesar de los esfuerzos que hizo para contener los sentimientos de su corazón y aparentar entereza varonil, el tono de su voz y las lágrimas, que a pesar suyo se le escapaban de los ojos, delataban sobradamente cómo le afligía el dolor de los Hermanos.

Para no alargar más su aflicción, se retiró a su aposento y, a pesar de su intenso sufrimiento, permaneció largo rato en oración, entretenido con Nuestro Señor.

El día que se le administró era lunes, once de mayo. Los días siguientes fueron aumentando sus sufrimientos, y los dolores de riñones se hicieron tan agudos que apenas podía permanecer levantado dos horas seguidas. El mismo día que recibió el santo viático se inició una novena por él a santa Filomena<sup>27</sup>. Al terminarla, se operó una mejoría que hizo abrigar esperanzas: cesó la inflamación de pies y manos desapareció el dolor nefrítico que desde el Miércoles de Ceniza tanto le había hecho sufrir; hasta el punto de que el buen Padre pudo salir de su habitación e ir a la capilla para adorar al Santísimo Sacramento y a la sacristía para ver una credencia<sup>28</sup> recién adquirida.

- Estará satisfecho -dijo al Hermano sacristán-. Ahora ya tiene una credencia decente y cómoda para guardad los ornamentos.

- Sí, Padre -respondió el Hermano-. Pero lo estaría mucho más si pudiera servirle a usted.

- No, querido amigo -replicó el Padre-, no me servirá a mí, pero es lo mismo, servirá a otros.

Al regresar a su habitación, vio que un Hermano estaba haciendo en un muro una especie de nicho que podía servir de escondrijo. Hizo llamar al punto al encargado de la obra y le dijo: “Por favor, fíjese en ese individuo y no lo pierda de vista ni a él ni a

cuantos trabajan con él. Esté siempre al tanto de lo que hace y no le confíe jamás Hermanos jóvenes. La vigilancia, añadió, es algo esencial en una casa como la nuestra, en la que hay tantos jóvenes cuya virtud necesita este apoyo exterior para no decaer.”

En otra ocasión, al ver que unos Hermanos trabajan con desgana, dijo al hermano Director: “Procure que los novicios estén ocupados y no pierdan el tiempo, pues la ociosidad es uno de los peores vicios; tal vez es el que causa mayores estragos a los religiosos. Tengo que lamentarme de no haber sido bastante exigente en el trabajo y de haber sido demasiado indulgente con los perezosos.”

Este reproche no tenía ciertamente mucho fundamento, pues sabemos cómo le gustaba el trabajo y cómo se preocupaba de que a su alrededor todos estuvieran ocupados. Pero este escrúpulo nos manifiesta una vez más hasta qué punto el buen Padre odiaba la ociosidad y la consideraba como una de las cosas más peligrosas para los Hermanos.

Los agudos dolores, lejos de debilitar su piedad y religiosos sentimientos, como sucede a muchos cuando se encuentran gravemente enfermos, aumentaron su fervor y su fe. Deseaba, pedía, incluso, que le hablaran a menudo de Dios y le gustaba que hubiera siempre alguien a su lado para sugerirle actos de amor y confianza en Nuestro Señor y ayudarle a hacerlos. Le agradaba sobre todo escuchar al querido Hermano Francisco, y le consolaba tenerlo a su lado. En las conversaciones frecuentes que mantenían, le abría su corazón y le manifestaba todas sus aspiraciones y temores. Su profunda humildad le inquietaba a veces por no haber hecho cuanto Dios le había pedido, o por no haberlo hecho debidamente. Y entonces, como al Rey profeta, le sobrecogía el temor del juicio divino. Pero pronto su corazón se abría a la esperanza y a la gratitud, cuando el buen Hermano le recordaba las extraordinarias gracias que Dios le había concedido y el bien que le había permitido realizar con la fundación del Instituto, bien que los Hermanos, que dejaba tras de sí, debían proseguir.

Cierto día, el piadoso Fundador se hallaba muy preocupado por una buena obra que le habían propuesto. Se lamentaba de no haberla realizado y le asustaba tener que dar cuenta a Dios por ella. La obra en cuestión era una especie de colonia agrícola<sup>29</sup> que se pretendía fundar en favor de los niños huérfanos y abandonados. Un piadoso vecino de Lavalla había ofrecido para este fin su casa y una extensa propiedad; otras personas también habían prometido colaborar en esta fundación y suministrar los recursos necesarios. El Padre Champagnat hubiera querido visitar a esas personas para tratar del asunto y realizar el proyecto. El Hermano Francisco, a quien hizo confidente de su inquietud y deseos, le dijo: “Padre, quédese tranquilo; no tiene por qué sentir ningún pesar de no haber emprendido antes esa obra. Ya empleó bastante tiempo en fundar el Instituto, consolidarlo, y dirigir y formar a los Hermanos. Además, como quiera que ese proyecto de colonia agrícola se aparta totalmente de lo nuestro, ha actuado correctamente al no emprenderla sin haberlo pensado antes detenidamente. Más aún, la congregación de los Hermanos necesitaba todos sus esfuerzos, cuidados y solicitud. Usted no podía ocuparse de otros asuntos sin perjudicar el desarrollo de su obra y tal vez sin comprometer su futuro. Por eso, creo que es mejor dejar la fundación de la colonia de huérfanos. Dios encontrará a alguien a quien le sugerirá la idea y le dará los medios para llevarla a cabo.”

Estas reflexiones lo tranquilizaron y no volvió a hablar de este asunto.

Finalmente, otro de los reproches que se hacía y que también comunicó al Hermano Francisco, era no haber visitado suficientemente a los Hermanos enfermos. También en esto la conciencia timorata del buen Padre y su afecto a los Hermanos le movían a reprocharse algo que no merecía, pues los enfermos habían sido siempre sus preferidos y no habían ahorrado nada para aliviarlos, si estaba en su mano. Había mandado construir un sala para instalar una enfermería cómoda. También montó, sin escatimar gastos, una farmacia con toda clase de medicamentos y varios Hermanos, formados en el cuidado de los enfermos, les prodigaban las mayores atenciones. Cuando un Herma-

no caía enfermo en una escuela, el piadoso Superior lo hacía venir o mandaba traerlo para que estuviera mejor atendido.

Al enterarse un día de la enfermedad de un Hermano al que no podían traer a la casa madre por la gravedad e índole de la enfermedad, se le saltaron las lágrimas y exclamó: “¡Ah, mucho me temo que dejen sufrir a ese Hermano! ¿Cuánto me gustaría que estuviera aquí para cuidarlo! Daría cuanto tengo por aliviarlo.”

Se preocupaba siempre de los Hermanos enfermos, los visitaba, los encomendaba a las plegarias de la comunidad, los hacía cuidar día y noche y los rodeaba de toda clase de atenciones. Y después de todo esto, ¡aún se reprochaba no haber hecho bastante por ellos!

Así se juzgan y se tratan a sí mismos los santos. San Juan el Limosnero, después de haber dado todos sus bienes a los pobres y haberse despojado de todo para socorrerlos, creía no haber hecho bastante por ellos. Y el temor de que Dios pudiere reprocharle haber descuidado o dejado sufrir a alguien le impedía conciliar el sueño.



<sup>1</sup> “En noviembre de 1839, el buen Padre Champagnat, aunque muy fatigado, vino a dar el retiro a los alumnos, con el Padre Chavas... Como de costumbre, realizó el viaje, a pie por espíritu de pobreza y mortificación” (*Anales de La Côte-Saint-André*, AFM, 214.43, pág. 12).

<sup>2</sup> LPC 2, pág. 534.

<sup>3</sup> LPC 2, págs. 501-503.

<sup>4</sup> LPC 2, págs. 641-642.

<sup>5</sup> Cartas del P. Champagnat a Su Excelencia antes de la apertura del noviciado (LPC 1, docs. 208, 240, 268).

<sup>6</sup> Una carta del año 1855, de Mons. de Marguerie, sucesor de Mons. d'Héricourt, nos indica que se conservaban los convenios en los archivos del obispado (*Anales de Vauban*, AFM, 212.54, pág. 641).

<sup>7</sup> Vauban se convierte en noviciado y en 1855 el Hermano Francisco se ve precisado a cerrarlo por diversas causas (cfr. LPC 2, pág. 641).

<sup>8</sup> “Como por entonces se encontraba muy cansado, el buen Padre se hizo acompañar del Hermano Estanislao y fue a Vauban a dar posesión a los Hermanos Casiano, Paulino y Teófilo” (*Anales de Vauban*, AFM, 212.54, pág. 4).

<sup>9</sup> Mt 19, 29.

<sup>10</sup> Hermano Casiano (AA, pág. 312).

<sup>11</sup> Se cerró el noviciado de Vauban en 1855, y fue sustituido por el de Hautefort (BI XXI, pág. 392 y CSG VII, pág. 278 y XIII, págs. 458-459).

<sup>12</sup> Probablemente alusión a los obreros que cortaban la roca (LPC 1, doc. 172, página 344). “No hay que llamar a otros obreros para la roca” (LPC 1, doc. 174, página 351).

<sup>13</sup> El 4 de marzo de 1840.

<sup>14</sup> Probablemente, el Hermano Jerónimo (LPC 2, pág. 305).

<sup>15</sup> El notario, señor Viennot, que luego se hará Padre Marista y será quien solucione con Mons. de Pins todos los problemas de sucesión de los Padres (OM 4, págs. 359-360).

<sup>16</sup> El 23 de marzo de 1840, ante la señora Juana-Francisca Noël Mioche, notario de Saint-Chamond (AFM, Testamento del P. Champagnat, 142.39).

<sup>17</sup> En 1839, el señor Maîtrepierre vino a instalarse en Puyлата (Lyon) para ayudar al P. Colin en sus quehaceres administrativos ordinarios (OM 3, páginas 429-430).

<sup>18</sup> Desde 1834, La Grange-Payre se había convertido en prenoviciado. Recibían aspirantes demasiado jóvenes para pasar directamente al noviciado del Hermitage (LPC, doc. 132 (30), pág. 267).

<sup>19</sup> El Hermano Francisco hacía seis meses que había sido elegido, pero, como dice el Hermano Avit: “Aunque todos le querían, el Hermano Francisco no tenía el carácter, la creatividad, la energía y el arrastre del Padre Champagnat” (AA, pág. 327).

<sup>20</sup> 48 establecimientos, sin contar el Hermitage y Oceanía (AA, pág. 317).

<sup>21</sup> En 1840, el 3 de mayo era la fiesta de la Invención de la Santa Cruz.

<sup>22</sup> Si 7, 36.

<sup>23</sup> El P. Champagnat volverá sobre este tema en su Testamento Espiritual.

<sup>24</sup> Jn 13, 34.

<sup>25</sup> Sal 132.1.

<sup>26</sup> Los capellanes eran por entonces los PP. Matricon y Besson.

<sup>27</sup> Esta santa, mártir romana de las catacumbas, poco conocida, fue objeto de gran devoción, especialmente a causa de la importancia que le concedía el Cura de Ars. Si la nueva liturgia no le concede culto oficial, es por no disponer de información histórica sobre ella.

<sup>28</sup> Esta credencia se conserva aún en la sacristía de N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> del Hermitage.

<sup>29</sup> La idea de colonia agrícola procede de Villeneuve-Bargemont, primeramente político y luego cristiano comprometido en la cuestión social. Creía que muchas tierras de barbecho podrían ser asignadas a familias o comunidades religiosas que se ocuparan de los huérfanos y los emplearan en un trabajo agrícola para frenar el éxodo hacia la ciudad. El Padre Champagnat veía, quizá, en la oferta que había recibido al fin de su vida, una señal del Señor para llevar a cabo, de modo distinto del escolar y artesanal, lo que tuvo que abandonar en el Hermitage por razones morales, ya que la relación con los huérfanos era perjudicial para los postulantes. (La oferta de una obra parecida le había sido ya hecha en otra región (Bresse), pero no había conseguido llevarla a cabo (OME, docs. 115 y 116, pág. 237 y ss. También OM 1, doc. 273, pág. 594).

## CAPÍTULO XXII

---

Testamento Espiritual del Padre Champagnat. Exhortaciones a algunos Hermanos.  
Visitas que recibe y consuelos que experimenta.  
Los sufrimientos aquilatan su piedad, fervor y amor a Dios.  
Agonía, muerte y exequias

Pese a sus dolores, el buen Padre no perdía nunca la presencia de Dios y se ocupaba continuamente en orar o charlar de temas espirituales con los Hermanos que venían a verlo o con los que le atendían. En cuanto tuvo que guardar cama, mandó colocar en las paredes de su habitación las imágenes de Nuestro Señor, la Santísima Virgen y san José para poder miraras y contemplaras a su gusto y dar pábulo a su piedad y amor a Jesús, María y José, cuyo auxilio pedía y cuyos nombres invocaba a menudo.

El Hermano al que había pedido que colocara los cuadros, le trajo uno de la Virgen con marco dorado. Él lo rechazó diciendo: "Hermano, somos pobres, así que ese cuadro está fuera de lugar aquí. Llévelo a la sacristía de donde lo ha tomado y tráigame uno más sencillo y modesto."

No satisfecho con las oraciones jaculatorias, se entregaba con puntualidad y fervor admirables a sus ejercicios de piedad. Respondía claramente al rosario, que pidió que rezaran a su lado cuando ya no tuvo fuerzas para hacerlo solo, lo mismo que a las letanías de san José y otras oraciones que quiso que se rezaran a cada hora del día.

Pidió también que le leyeran diariamente un capítulo de la *Imitación de Cristo*. Esto le servía de tema de conversación con los Hermanos que se hallaban en su cuarto. Siguió rezando el breviario hasta que no fue capaz de sostenerlo en las manos. Un día que se le había caído, quiso volver a tomarlo, y hubo que prohibírselo formalmente.

De todos modos, la ligera mejoría que había notado después de la novena a santa Filomena, no fue duradera, y los dolores y vómitos se hicieron más violentos que nunca. Entonces mandó llamar al Hermano Francisco y al Hermano Luis María y les dijo:

- Queridos Hermanos, como me queda poco tiempo de vida, me gustaría hacer mi Testamento Espiritual antes de morir, es decir, comunicar mis últimos deseos a los Hermanos. Creo que les gustará y los confortará.

- Padre, le respondió el Hermano Francisco, sin duda que los Hermanos quedarían muy satisfechos y agradecidos; pero me temo que eso le debilitará demasiado.

- No, no, dijo.

Y, mirando al Hermano Luis María, añadió: "Querido Hermano, usted pondrá por escrito mis sentimientos tal como quisiera expresarlos y dárselos a conocer a los Hermanos."

Y fue enunciando todos los pensamientos, consejos y recomendaciones que se hallan en su Testamento Espiritual más o menos en el mismo orden. Repetía cada frase dando así tiempo y facilidad para retener y anotar casi literalmente sus pensamientos y expresiones.

Una vez concluida la redacción, el Hermano vino a presentársela. Después de escuchar su lectura, dijo: "Ésos son exactamente mis sentimientos y lo que quiero decir a los Hermanos. Reúnalos a todos en mi cuarto, y léales el testamento en mi presencia, en cuanto me hayan aplicado la indulgencia de los agonizantes. Tendré sumo gusto en volver a ver a mis buenos Hermanos y darles mis últimas recomendaciones." Pronunció muy emocionado estas últimas palabras que traslucían una gran ternura y emoción.

Según sus deseos, los Padres capellanes y los Hermanos se acercaron a su habitación después de la oración de la noche. Se le aplicó la indulgencia In articulo mortis, y luego, mientras el Hermano Francisco le sostenía la cabeza, el Hermano Luis María leyó el Testamento Espiritual en estos términos<sup>1</sup>:

*Testamento espiritual de José Benito Marcelino<sup>2</sup> Champagnat, presbítero, Superior y Fundador de los Hermanitos de María.\**

“En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

En presencia de Dios y bajo el amparo de la Santísima Virgen y de san José, resuelto a transmitir a todos los Hermanos de María la expresión de mis postreras y más encarecidas voluntades, reasumo todas mis energías para redactar mi Testamento Espiritual, según creo más conforme a la voluntad de Dios y al bien de la Sociedad.

Suplico, ante todo, a quienes de alguna manera haya podido ofender o escandalizar –si bien no recuerdo haber disgustado a nadie voluntariamente– que me perdonen por la caridad infinita de Nuestro Señor Jesucristo y que unan sus plegarias a las mías para alcanzar de Dios que se digne olvidar los pecados de mi vida pasada y acoger mi alma en su infinita misericordia.

Muero lleno de respeto, gratitud y sumisión al Superior General de la Sociedad de María y animado por los sentimientos de la unión más perfecta con todos los miembros que la componen, especialmente con los Hermanos que el Señor ha confiado a mis desvelos y que siempre han sido tan queridos de mi corazón<sup>3</sup>.

Deseo que reine siempre entre los Hermanos de María una obediencia total y perfecta; que los súbditos, viendo en los Superiores la persona de Jesucristo, los obedezcan de corazón y espíritu, y renuncien siempre, si fuere necesario, a la voluntad y juicio propios. Recuerden que el religioso obediente cantará victoria<sup>4</sup>, y que la obediencia es, sobre todo, el cimiento y soporte de la comunidad. Animados de este espíritu, sométanse ciegamente los Hermanitos de María no sólo a los Superiores mayores, sino a cuantos estén en cargados de dirigirlos y guiarlos. Penétrense bien de esta verdad de fe: el Superior representa a Jesucristo y, cuando manda, debe ser obedecido como si mandara el mismo Cristo.

Os encarezco también, muy queridos Hermanos, con todo el cariño de mi alma y por el que vosotros me profesáis, que os comportéis de tal modo que la caridad reine siempre entre vosotros. Amaos unos a otros como Cristo os ha amado<sup>5</sup>. No haya entre vosotros sino un solo corazón y un mismo espíritu<sup>6</sup>. ¡Ojalá se pueda afirmar de los Hermanitos de María lo que se decía de los primeros cristianos: “Mirad cómo se aman”!... Es el deseo más vivo de mi corazón en estos últimos instantes de mi vida. Sí, queridos Hermanos míos, escuchad las últimas palabras de vuestro Padre, que son las de nuestro amadísimo Salvador: “*Amaos unos a otros.*”

Deseo, queridísimos Hermanos míos, que esta caridad, que debe uniros a todos, como miembros de un mismo cuerpo, alcance a las demás Congregaciones. Os conjuro, por la caridad sin límites de Jesucristo, que no envidiéis jamás a nadie, y menos aún a quienes Dios llama al estado religioso para trabajar, como vosotros, en la educación de la juventud. Sed los primeros en alegraros de sus éxitos y apenaros por sus fracasos. Encomendadlos a menudo a Dios y a la divina Madre. Dadles con gusto la preferencia. Jamás prestéis oídos a los dichos que pudieran perjudicarlos. Que la gloria de Dios y el honor de María sean vuestro único fin y vuestra sola ambición.

Del mismo modo que vuestra voluntad debe coincidir con la de los Padres de la Sociedad de María en la obediencia a un Superior General único, es mi deseo que vuestros corazones y sentimientos se fusionen siempre en Jesús y María. Haced vuestros los intereses de los Padres; constituya un placer para vosotros acudir en su ayuda<sup>8</sup> siempre que os lo pidan. El mismo espíritu e idéntico amor os unan a ellos, como ramas de un solo tronco, como hijos de una sola familia unidos a su bondadosa madre<sup>9</sup>, para nosotros la divina María. Puesto que el Superior General de los Padres lo es también de la rama de los Hermanos, ha de ser el centro de unión de unos y otros. Como sólo he tenido motivos de felicitarme por la sumisión y obediencia que me han mostrado los Hermanos de María, deseo y espero que el Superior General encuentre siempre la misma

obediencia y sumisión. Su espíritu es el mío; su voluntad, la mía. Considero que esta perfecta armonía y esta sumisión total constituyen la base y soporte de la Sociedad de los Hermanos de María.

Pido también al Señor y deseo con toda mi alma, que perseveréis fielmente en el santo ejercicio de la presencia de Dios, alma de la oración, de la meditación y de todas las virtudes. Constituyan siempre la humildad y sencillez el carácter distintivo de los Hermanitos de María. Una tierna y filial devoción a nuestra buena Madre os anime en todo tiempo y circunstancia. Hacedla amar por doquiera cuanto os sea posible. Es la primera Superiora de la Sociedad. A la devoción a María juntad la del glorioso san José, su dignísimo esposo; ya sabéis que es uno de nuestros primeros patronos. Desempeñáis el oficio de ángeles custodios de los niños que os están confiados: tributad también a estos espíritus puros culto particular de amor, respeto y confianza.

Hermanos míos muy queridos: sed fieles a vuestra vocación; amadla y perseverad en ella con entereza. Manteneos en un espíritu recio de pobreza y desprendimiento. La observancia diaria de vuestras santas Reglas os libre de fallar jamás al voto sagrado que os une a la más bella y delicada de las virtudes. Cuesta vivir como buen religioso, pero la gracia lo suaviza todo. Jesús y María os ayudarán. Además, esta vida es muy breve y la otra no tendrá fin. ¡Qué consolador resulta, cuando se va a comparecer delante de Dios, recordar que se ha vivido bajo el amparo de María y en su Sociedad! Dígnese esta buena Madre conservaros, multiplicaros y santificaros. Que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo estén siempre con vosotros<sup>10</sup> Os dejo a todos, confiadamente, en los Sagrados Corazones de Jesús y de María, hasta que tengamos la dicha de vernos juntos en la eterna bienaventuranza.

Ésta es mi última y expresa voluntad, para gloria de Jesús y de María.

El presente testamento espiritual será entregado al Padre Colin, Superior General de la Sociedad de María.

En Notre-Dame de l'Hermitage<sup>11</sup> a 18 de mayo de 1840.

José Benito Marcelino Champagnat, sacerdote de la Sociedad de María y Superior de los Hermanos.”<sup>12</sup>

\* \* \*

El documento fue escuchado con gran atención y profunda emoción. Concluida la lectura, el buen Padre añadió unas palabras para ratificar lo que acababan de leer, y, a continuación, los Hermanos, de rodillas, le pidieron perdón y suplicaron que no les olvidase ante Dios.

“¡Olvidaros!, eso es imposible”, prosiguió el piadoso Fundador, con voz impregnada de emoción y afecto.

El Hermano Francisco le pidió su bendición para todos los miembros del Instituto, presentes y ausentes, y para cuantos formarían parte de él en lo sucesivo, y la dio con mucho cariño. Juntó las manos, dirigió al cielo su mirada y volviéndola luego a los Hermanos, pronunció la fórmula habitual con gran fervor y con tono de voz débil pero muy firme.

A continuación, los Hermanos rezaron *tres avemarías*, el *Memorare* y el *Sub tuum*. Por temor a cansar al enfermo, el Hermano Superior les hizo un gesto indicándoles que se retirasen, y se fueron con lágrimas en los ojos y el corazón enternecido.

Cuando la comunidad se retiró, el piadoso Fundador se mostró muy satisfecho de lo que acababa de hacer. “Doy gracias a Dios –dijo– por haberme inspirado la idea de hacer el testamento espiritual. Me complace sobremanera que todos los Hermanos puedan saber y leer mis últimos consejos y deseos. Les agradecerá y edificará. Además necesitaba darles esa satisfacción por el gran afecto que me manifiestan.”

Efectivamente, su afecto no podía ser mayor. Las plegarias que se ofrecían por él eran generales y continuas. Habían pedido también oraciones a todas las demás comunidades del contorno. Cada jueves, los Hermanos que no se hallaban demasiado lejos del Hermitage se acercaban a verlo y decirle cuánto sentían sus dolencias. Los de la casa se disputaban la dicha de velarlo y cuidarlo. Todos se ingeniaban para buscar la forma de aliviarlo y complacerlo. Los Hermanos y novicios ponían sumo cuidado en evitar el menor ruido en torno a su habitación; y, aunque habían alfombrado tránsitos y pasillos, se descalzaban al pasar delante de su habitación.

El señor Béliér<sup>13</sup>, misionero de Valence, que por entonces se encontraba en el Hermitage, estaba asombrado de tantas atenciones, cuidados y cariño. “ ¡Ah –decía–, cuán cierto es que los religiosos gozan del céntuplo<sup>14</sup> hasta en esta vida! Es un santo y se va al cielo, pero ningún príncipe de este mundo se vio rodeado de tantos cuidados en los últimos instantes de su vida.” No había fingimiento en el proceder de los Hermanos para con su amadísimo Padre; era evidente que sólo el cariño los impulsaba y dirigía. Hay que añadir que, más o menos, el mismo afecto y solicitud se prodigan a todos los Hermanos que mueren en el Instituto. Fue precisamente el buen Padre quien, con su ejemplo e instrucciones, enseñó a los Hermanos cómo debían tratar a los enfermos.

\* \* \*

Hemos de añadir también que el Padre Champagnat no era enfermo difícil de atender. Ciertamente no ocultaba sus dolencias; pero su conformidad, mucho mayor aún que sus sufrimientos, le hacía exclamar continuamente: Dios mío, hágase tu voluntad<sup>15</sup>. Aceptaba todo: los ataques de dolor como los ligeros alivios que le proporcionaban. Y se mostraba siempre conforme con todo, alegre y satisfecho.

En una ocasión, al darse cuenta de que el Hermano que lo velaba tenía sueño, le dijo: “Siéntese en esa silla y duerma un rato; ya lo llamaré cuando lo necesite.” Al momento, el Hermano se quedó profundamente dormido; y poco después, el Padre, que sentía cierta necesidad, lo llamó sin conseguir hacerse oír. Cuando el Hermano se despertó, le dijo sonriendo: “Hace más de una hora que le estoy llamando con todas mis fuerzas.” Luego, siempre en el mismo tono jovial, añadió: “¡Claro!, ya veo por qué no me oía; no lo llamaba por su nombre.” Efectivamente, se había confundido y había llamado al Hermano por un nombre distinto del suyo.

Otra noche en que vino a velarlo el mismo Hermano, le dijo bromeando: “Que no vuelva a pasar como la otra vez.” El bueno del Hermano se lo prometió, y tomó las medidas oportunas para no dejarse sorprender por el sueño. Todo fue inútil y poco después se quedó profundamente dormido. El Padre, que aquella noche sufría mucho, lo llamó repetidas veces sin poder despertarlo. Afortunadamente, le oyó un Hermano que dormía en una habitación contigua y vino a ofrecerle lo que necesitaba. Cuando el Hermano se despertó, se quedó avergonzado de su falta y de verse sustituido; pero el Padre lo tranquilizó, diciéndole muy comprensivo: “Hermano, ya se ve que está en paz con Dios y tiene la conciencia tranquila, pues duerme como un lirón. Vaya a acostarse y no se preocupe por lo ocurrido.” El Hermano que acudió era el buen Hermano Jerónimo, al que el padre Champagnat profesaba especial cariño por su excelente carácter y sencillez. Este Hermano se ingeniaba tan hábilmente para levantarle y cambiarle de ropa, intuía tan certeramente sus necesidades y las satisfacía en lo que podía, que el Padre prefería sus servicios a los de los demás Hermanos; aunque es verdad que siempre se mostraba satisfecho de cuantos le servían.

Por muy agudos que fuesen sus dolores, acogía siempre con suma bondad a los que venían a visitarlo, y nunca dejaba de dirigirles algunas palabras de consuelo y aliento.

“Hermano –le dijo a uno–, aténgase minuciosamente a la Regla; eduque cuidadosamente a los niños en los misterios y verdades de la religión: ambas cosas son las que le proporcionarán mayor consuelo a la hora de la muerte.”

A otro que le pedía un medio de hacer bien sus obras, le recomendaba: “Piense sólo en lo que está haciendo o en lo que le gustaría haber hecho en la hora de la muerte”.

A un tercero, propenso a escrúpulos, que acababa de confiarle ciertas dudas de conciencia, el Padre le contestó: “El escrúpulo es el enemigo del amor de Dios y de la perfección; hay que tener una conciencia timorata, pero no escrupulosa. No pierda el tiempo en examinarse y darle vueltas siempre a lo mismo; empléelo en hacer actos de fe, esperanza y caridad u otros similares; uno solo de ellos le hará más grato a Dios y lo ayudará a progresar en la virtud más que todas las inquietudes con que se atormenta. El escrúpulo arruina y destruye la esperanza, que es una virtud teologal. Como Dios es nuestro Padre, nada le disgusta tanto como la falta de confianza.”

De ese modo, en medio del sufrimiento, instruía y consolaba a los Hermanos. Si la intensidad de sus dolores le impedía conversar y responder a los asuntos que le presentaban, se quedaba muy apenado.

En una ocasión sufría tanto que no pudo hablar con un Hermano Director. En cuanto se encontró mejor, lo mandó llamar y, al decirle que se había marchado a su escuela, exclamó: “Cómo siento no haber podido hablar con él para animarlo e inducirlo a desempeñar celosamente la hermosa misión que Dios le ha encomendado. ¡Qué mérito tienen los Hermanos que se dedican a la educación! ¡Y qué recompensa tan grande les espera si lo hacen con celo!”

En otra ocasión, después de un rato de charla con el Hermano Francisco, se vuelve hacia él y le pregunta cuánto tiempo hacía que estaban juntos; y al responderle el Hermano que más de veinte años, el Padre se vuelve a su postura anterior, eleva la mirada al cielo y parece orar fervorosamente en profundo recogimiento.

- Padre -prosiguió el Hermano poco después-, espero que aunque nos veamos forzados a separarnos corporalmente, no por eso va a estar menos unido a nosotros y nosotros con usted en espíritu y corazón, y que seguirá siendo nuestro Padre.

- Sí, por supuesto -respondió-, y si algún crédito tengo ante Dios y la Santísima Virgen, lo emplearé totalmente en favor de la Sociedad.

Mirando luego enternecido al Hermano Francisco, le dijo: “Pobre Hermano, ¡cómo lo compadezco! El gobierno del Instituto es una carga pesada, que sólo el celo, el espíritu de oración y la confianza en Dios le ayudarán a sobrellevar. Recuerde que sólo sacrificándose se puede ayudar al prójimo y conseguir la salvación de las almas.”

En ese momento apareció el Hermano Luis María, y estrechándole la mano, le dijo también: “Hermano, ayude al Hermano Francisco con todas sus fuerzas; entiéndase bien con él. Tendrán que sobrellevar muchas dificultades, pero tengan confianza, Dios los acompañará, pues realizan su obra. Con su ayuda saldrán airoso de todos los obstáculos que el enemigo pueda suscitarles. Y, además, no olviden que cuentan ustedes con la Santísima Virgen, que es el recurso<sup>16</sup> de la casa: su protección nunca les faltará.”

Al Hermano Estanislao, que no lo abandonaba un momento, le dijo una vez: “Hermano, ¡cuántas molestias le estoy ocasionando! De veras que lo siento, pero me consuela saber que Dios le devolverá centuplicado cuanto está haciendo por mí. ¡Qué bueno es Dios al tener en cuenta lo que hacemos por el prójimo y recompensárnoslo! ¡Ello tiene que impulsarnos a ejercer la caridad y servir a nuestros Hermanos! Procure, pues, ayudar a los Hermanos cuanto pueda. Le recomiendo especialmente que anime<sup>17</sup> a los novicios y se acerque a los recién llegados para que se vayan acostumbrando. La vocación a la vida religiosa es una gracia excepcional; por eso se es fuerza tanto el demonio para hastiar a los jóvenes, desanimarlos y volverlos al mundo, donde es tan difícil salvarse.”

Entretanto, la situación del enfermo se agravaba día a día. Su estómago no toleraba casi nada, ni siquiera las natillas más ligeras. Un fuego devorador consumía sus entrañas. Los vómitos se hicieron más pertinaces y le ocasionaban tremendos dolores. Ya sólo devolvía sustancias sanguinolentas, en ocasiones en forma de bolas duras y de considerable tamaño. A veces exclamaba el buen Padre: “Pero, ¿de dónde puede venir tanta podredumbre, y qué es lo que ha podido encender en mis entrañas un fuego tan devorador?” Y añadía inmediatamente: *¡Bendito sea Dios! Hágase su santa voluntad; o bien: ¡Dios mío, ten compasión de mí! Te ofrezco todos mis sufrimientos; concédeme tu gracia y envíame cuantos sufrimientos quieras.*

Sólo agua fría, que tomaba por obediencia, y la aplicación de hielo al estómago mitigaban algo sus dolores.

En medio de tanto sufrimiento, deseaba ardientemente recibir otra vez el santo viático. “Ya ha transcurrido tiempo suficiente –decía con frecuencia– y podría recibir a Nuestro Señor por segunda<sup>18</sup> vez, si no fuera por los vómitos.” Parecía, efectivamente, que los vómitos constantes iban a privarle definitivamente de esa gracia. Pero nada hay imposible cuando se tiene el amor. Obsesionado por el pensamiento y deseo de la sagrada comunión, después de una profunda meditación, exclamó: “Creo que he sido atendido y que mi Ángel custodio<sup>19</sup> me alcanzará la gracia de recibir una vez más a Nuestro Señor. Que me traigan una estampa del Ángel de la guarda: voy a pedirle que me alcance este favor tan insigne.”

Le trajeron la estampa y la fijaron en la cortina del lecho; el santo sacerdote fija en ella su mirada y, después de unos instantes de fervorosa oración, siente que ha sido escuchado y que podrá comulgar por segunda vez. Efectivamente, los vómitos desaparecieron por completo, y se quedó tranquilo y sosegado como si nunca hubiese padecido del estómago. Después de comprobar durante más de una hora que el estado de sosiego era una realidad, exclamó: “He sido atendido, puedo comulgar; digan al Padre capellán que me traiga al Señor.”

Recibió al Señor con vivos sentimientos de fe, tierna piedad y extraordinaria devoción. Su mirada, actitud, postura, todo manifestaba el profundo respeto, la confianza ilimitada y el amor ardiente de que se hallaba impregnado.

Después de recibir el santo viático, recomendó la práctica del silencio como algo indispensable en una comunidad para conservar el recogimiento y espíritu de oración. Volvió a repetir a los Hermanos que huyeran de la ociosidad y estuvieran continuamente ocupados, asegurándoles que a la hora de la muerte sentirían profundo pesar de no haber empleado debidamente el tiempo.

Luego permaneció más de una hora sereno y sin devolver. Pero pronto la enfermedad reanudó su curso con mayor virulencia que nunca. Pero con el Pan de los fuertes había cobrado fuerzas y valor renovado para soportarla.

Por la tarde de ese mismo día, que era domingo, 24 de mayo, vino al Hermitage el reverendo Padre Colin, Superior General de la Sociedad. El señor Mazelier, Superior de los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux lo hizo a la mañana siguiente. Cuando se enteró el buen Padre, exclamó: “¡Ah, qué feliz me siento al recibir la visita y verme asistido por tan buenos sacerdotes!”

Charló largo rato con el Padre Colin, luego le encomendó a sus Hermanos y, al final, le pidió perdón, con profunda humildad, por todas las faltas en que había podido incurrir. El Padre Colin, muy conmovido y edificado, le habló con gran cariño y le dio muchos ánimos.

La visita del señor Mazelier le satisfizo no sólo por la ocasión que le brindaba de pedirle que cuidara de los Hermanos, sino por los consuelos que esperaba recibir personalmente con las palabras y oraciones de tan venerable sacerdote.

En el coloquio que ambos tuvieron, el Padre Champagnat le dijo:

- Le encomiendo a los Hermanos que se hallan afectados por la entrada en quintas.
- Y yo -repuso el señor Mazelier- le ruego que no olvide a los míos, cuando llegue al cielo.

Ambos cumplieron lo prometido. El Padre Champagnat no se contentó con pedir por los Hermanos de la Instrucción Cristiana, sino que los adoptó como hijos. Y el señor Mazelier siguió prestando los mismos servicios a los Hermanos de María, y su aprecio y cariño por ellos se incrementó y les ofreció a sus propios Hermanos para que constituyesen con ellos una sola familia.

La fiesta de la Ascensión<sup>20</sup> que caía en esa misma semana, trajo al Padre Champagnat preciosos recuerdos. Como sabemos, era el día de su bautismo. Por eso habló de él repetidas veces y con vivos sentimientos de gratitud. Deseaba ardientemente que su muerte coincidiera con el día de la fiesta, o dentro de la octava; “sin embargo -decía en su profunda humildad-, temo tentar a Dios pidiendo esa gracia”.

El amor a la pobreza, el afecto que sentía por los Hermanos y el deseo de ocasionarles los menores trastornos le inspiraron la idea de hacerse trasladar a la enfermería. “Queridos Hermanos -dijo a los presentes-, quiero comunicaros una idea que se me acaba de ocurrir, porque creo que procede de Dios. Desearía que me llevarais a la enfermería para tener el consuelo y la dicha de morir en el mismo lugar en el que han fallecido tantos Hermanos y desde donde han partido hacia el cielo. Además, en la enfermería causaré menos molestias, y no habrá tanta distancia para traerme lo que necesite, pues estoy viendo que os molestáis demasiado por mí.”

Y como insistía, el Hermano Francisco le dijo:

- Padre, no creo prudente trasladarlo a la enfermería en el estado en que se halla. Dios quiere que se quede en su habitación y ya que ésa es su voluntad, le hará participar igualmente de los méritos de los Hermanos. Por lo que se refiere a las molestias, nos resulta más cómodo atenderle aquí que en la enfermería, en razón de los Hermanos que duermen allí, y a los que todo esto podría molestar.

- Tiene razón, respondió el buen Padre. Bueno, como queráis. Sin embargo -añadió-, ya que no puedo ir a la enfermería, ponedme, al menos, una cama de hierro<sup>21</sup>.

Se apresuraron a traerle una, ante todo para satisfacer su deseo y, además, porque resultaba más cómodo para cambiarle en caso de necesidad. En esta pobre cama exhaló su último suspiro.

Los sufrimientos iban en aumento. No se atenuaban cualquiera que fuese la postura que tomase. Nada podía aliviarlo. Se cumplía así lo que había predicho en la inauguración del mes de María: que sus sufrimientos serían agudísimos a finales del mes. Sin embargo, la intensidad y violencia de los dolores no le impidieron seguir unido a Dios y repetir continuamente actos de amor, de con fianza y conformidad, de contrición, o bien, breves invocaciones a la Santísima Virgen, a san José, a su Ángel custodio y a sus santos patronos.

Con frecuencia dirigía su mirada a los cuadros de Jesús, María, san José y del Ángel custodio, colgados de las cortinas de su lecho; o bien, tomando su cruz de profesión, la besaba devotísimamente. Deseaba tenerla siempre encima de la colcha, para poder llevarla a los labios; sacaba continuamente los brazos para buscarla, tomarla y besarla.

\* \* \*

El lunes, primero de junio, vino a visitarlo el señor du Treuil, párroco de San Pedro de Saint-Chamond. Al inclinarse sobre el lecho para abrazarlo, el buen Padre se quedó totalmente desconcertado y exclamó: “¡Señor cura, lo siento, estoy hecho una pena para

que me abrace!” El venerable sacerdote se quedó sumamente conmovido y edificado de tanta humildad y resignación. Le dirigió unas cariñosas palabras, muy apropiadas para mantener su confianza en Jesús y María, y añadió para concluir:

- Nuestro Señor vendrá de nuevo para visitarlo y confortarlo.

- Mucho desearía recibirlo, le respondió el buen Padre, pero no me lo consienten los vómitos.

- No -replicó el señor du Treuil-, los vómitos no le impiden recibir el santo viático; basta que cesen unos minutos después de la comunión.

Después de este breve diálogo, se entabló entre ambos una animada porfía de humildad, al insistir en pedirse mutuamente la bendición, y aduciendo cada cual las razones que le asistían para ello. Finalmente, pudieron más las súplicas del Padre Champagnat y el señor cura de San Pedro<sup>22</sup> le impartió la bendición y lo dejó, encomendándose a sus oraciones.

El martes vinieron a verlo muchos sacerdotes. El señor Janvier<sup>23</sup>, párroco de Saint-Julien-en-Jarret, al que le unía una vieja y santa amistad, no quiso despedirse sin recibir antes su bendición. El Padre Champagnat le repitió varias veces: “¡Ah!, si supiera con qué satisfacción se muere en la Sociedad de María, no dudaría un solo instante en ingresar en ella.”

Después de haberle dado la bendición, insistió: “¡Vamos!, tiene que hacerse marista. ¿Me lo promete?” Para no entristecerlo, decía más tarde el respetable párroco, no tuve más remedio que prometérselo.

Cuanto más se acercaba a su fin, tanto más ardiente se hacía su caridad, y más deseaba contemplar a Dios y poseerlo. Sus últimos días fueron una serie ininterrumpida de actos de amor y fervientes aspiraciones a Jesús y María. Sólo pensaba en el cielo, sólo hablaba del cielo y de la dicha de morir como religioso. “Pronto veré -decía- a todos los Hermanos que me han precedido y que considero santos.”

- Padre -le dijo alguien-, que la felicidad de verse con sus Hermanos del cielo no le haga olvidarse de los que quedamos en la tierra; pues, ahora más que nunca, necesitaremos que ruegue a la Santísima Virgen por nosotros.

- Pues claro que no -respondió-. Nunca os olvidaré, y, si tengo el privilegio de hallarme al lado de María, le rogaré con tal insistencia por todos los Hermanos del Instituto, que no la dejaré hasta que haya conseguido misericordia para ellos. Y confío -añadía- en que cuantos perseveren en su vocación y profesen devoción a esa buena Madre, alcanzarán la salvación. “¡Oh, qué feliz me siento -repetía con frecuencia- al morir en la Sociedad de María!” Y se deshacía luego en manifestaciones de afecto y gratitud por esa gracia.

Morir como religioso es, efectivamente, una gracia excepcional. Como dicen los santos, es señal de predestinación. La razón que aduce san Bernardo es que resulta muy difícil que un religioso persevere en su vocación hasta la muerte, si no pertenece al número de los elegidos. Los sentimientos del Padre Champagnat sobre la dicha de morir como religioso no le son exclusivos: gran número de santos religiosos los han experimentado y así lo han manifestado en sus últimos instantes. “Lo que fue siempre objeto de mis más ardientes deseos -decía el gran santo Tomás de Aquino en su lecho de muerte- es ahora motivo de mi más profunda gratitud. ¡Dios mío! Te doy gracias por haberme conservado en el estado religioso y otorgado la gracia de morir en él. Es uno de los mayores privilegios que me habéis concedido: me llena de alegría y siento una felicidad completa.”<sup>24</sup>

El jueves, cuatro de junio, el buen Padre tenía ardientes deseos de recibir por última vez a Nuestro Señor; y, recordando las palabras del señor cura de San Pedro, confiaba

en que Dios le otorgaría esa gracia, que pedía fervorosamente por intercesión de san José. Efectivamente, le fue concedida. Al disminuir la frecuencia de los vómitos, le trajeron el santo viático.

El viernes, sus sufrimientos fueron insoportables. El fuego interior que lo devoraba y los vómitos le ocasionaban tales dolores, que se desmayó varias veces.

Por eso el médico<sup>25</sup> quedó sorprendido viendo que se prolongaba aquella situación tan desesperada y tan grave. “De veras, decía, no me explico qué es lo que lo puede sostener y le impide morir.”

Hacía ya diez días que había diagnosticado que no duraría veinticuatro horas. En ese interminable martirio, el piadoso Fundador proseguía su diálogo con Dios, dirigía continuamente su mirada a los cuadros de Jesús, María y san José, y viéndose imposibilitado para pronunciar sus nombres, los saludaba con la mano, que le sostenían cuando señalaba a cada uno de ellos.

El viernes, al atardecer, comprendieron que había llegado su fin. Se hallaban en la habitación bastantes Hermanos que oraban fervorosamente y querían pasar allí la noche para tener al menos el consuelo y la dicha de recibir su postrera bendición y ser testigos de su tránsito. Pero él no lo consintió y aún tuvo arrestos para rogarles que se fueran a descansar. Quedaron con él sólo los Hermanos Hipólito y Jerónimo.

Durante la noche, prosiguió sus invocaciones: ¡Jesús! ¡María! ¡José! Hacia las dos y media, dijo a los Hermanos que estaban a su lado:

- Hermanos, la lámpara se les apaga.
- Perdone, Padre -le respondió uno de ellos-, la lámpara está bien encendida.
- Sin embargo, yo no la veo; acérquenmela, por favor.

Uno de los Hermanos le aproximó la lámpara, pero el buen Padre no la distinguió. Entonces, con un hilo de voz, exclamó: “¡Ah, ya comprendo, la que se apaga es mi vista. Ha llegado la hora; bendito sea Dios!”

Aún susurró algunas oraciones. Poco después entraba en agonía. Duró ésta aproximadamente una hora, pero fue suave y tranquila. Los vómitos habían cesado, pues la naturaleza se hallaba totalmente agotada. A las cuatro y veinte, la respiración se hizo más lenta y fatigosa; y sólo a intervalos.

La comunidad se hallaba en esos momentos reunida en la capilla para el canto de la *Salve, Regina*<sup>26</sup>. Inmediatamente empezaron a rezar las letanías de la Santísima Virgen, y mientras las rezaban, el piadoso Fundador se dormía apaciblemente en el Señor sin la menor violencia ni convulsión. Era sábado, seis de junio, víspera de Pentecostés.

Durante su enfermedad había repetido en varias ocasiones: “Me gustaría mucho morir en sábado; ciertamente no merezco esta gracia, pero confío en alcanzarla por la bondad de María.”

No sólo le fue concedida, sino que, además, le fue otorgado morir a la hora en que durante más de treinta años, se había dedicado a la meditación y unión con Dios. En el momento de la oración, y al terminar el canto de la *Salve, Regina*, la Madre de misericordia le hizo pasar de este destierro a la patria, y le mostró a Jesús, fruto bendito de su vientre virginal.

\* \* \*

Su fallecimiento sumió a la comunidad en profundo desconsuelo. Sin embargo, el largo período de sufrimiento del buen Padre había preparado de tal modo a los Hermanos para este doloroso trance, y tan convencidos estaban de su santidad que el dolor se veía mitigado por la seguridad de que sus sufrimientos se habían transformado en inmenso cúmulo de gloria.

Inmediatamente lo lavaron y afeitaron, le revistieron con el hábito talar, con roquete y estola, le pusieron en la mano la cruz de profesión y lo colocaron así, sentado en un sillón, en su misma habitación.

Al lado había una mesita en la que se puso el breviario, el bonete<sup>27</sup> y los cuadros de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen con dos velas encendidas.

Estaba palidísimo, pero nada desfigurado. Su rostro había conservado los rasgos varoniles y el aspecto bondadoso y digno que tanto ascendiente le habían proporcionado en vida y que tantos corazones le conquistaron. Su vista no inspiraba temor alguno; al contrario, todos se encontraban a gusto junto a él; por eso querían contemplarlo y besarle los pies.

Los Hermanos pasaron uno tras otro para contemplar amorosa y confiadamente los restos de su tierno Padre. Se turnaban de seis en seis para rezar, junto a su cuerpo, el oficio de difuntos y el rosario. En los tiempos libres, todos volvían una y otra vez.

El mismo día de su muerte, un pintor<sup>28</sup>, llamado expresamente para ello, hizo su retrato.

El domingo por la tarde se colocó el cadáver, revestido del hábito eclesiástico, en una caja de plomo que depositaron en un ataúd de madera resistente. El cuerpo se mantenía aún perfectamente flexible. Antes de cerrar el ataúd de plomo, se introdujo, en presencia del padre Matricón, capellán, y de los hermanos Francisco, Juan María, Luis María y Estanislao, una placa del mismo metal en forma de corazón<sup>29</sup>, en la cual se hallaban escritas estas palabras:

OSSA J.-B.-M. CHAMPAGNAT 1840

\* \* \*

Las exequias se celebraron el lunes, día 8 de junio. Estuvieron<sup>30</sup> presentes casi todos los sacerdotes del contorno y las personalidades de Saint-Chamond. El cadáver fue llevado al cementerio por los Hermanos profesos que, sumidos en dolor, mezclaban sus lágrimas con las oraciones que ofrecían por él.

◆  
<sup>1</sup>Véase OME, doc. 153, pág. 343 y ss. El Testamento Espiritual se conserva en los APM y se ha editado según el original de OM 1, doc. 417, pág. 952 y ss.

<sup>2</sup>En el acta de bautismo, que era al mismo tiempo de nacimiento, figuran los nombres en este orden: Marcelino José Benito.

\* Adoptamos el texto tal como aparece en las Constituciones y Estatutos de 1986.

<sup>3</sup>Este párrafo: "Ante todo... (hasta) ...queridos de mi corazón", en el texto escrito por el Hermano Francisco se halla al final del Testamento (OME, doc. 153, págs. 340-347).

<sup>4</sup>Pr 21, 28.

<sup>5</sup>Jn 13, 34

<sup>6</sup>Hch 4, 32.

<sup>7</sup>Jn 13, 34.

<sup>8</sup>Los Hermanos volarán con gozo en ayuda de los Padres Maristas siempre que se lo pida el Superior (Regla de 1837, cap. 1, art. 3).

<sup>9</sup>Tenemos aquí una cita casi literal del artículo de la Regla del Padre Colin, como figura en el Summarium de 1833, n.º 114 (Ant. Textus 1, pág. 84).

<sup>10</sup>2 Co 13, 13.

<sup>11</sup>El Hermano Juan Bautista omite la relación de los testigos.

<sup>12</sup>El título no concuerda con el original (OME, doc. 153, pág. 346).

<sup>13</sup>El señor Bellier había ingresado en esta Sociedad misionera, que era, en la diócesis de Valence, el equivalente a los "Cartujos", fundados por Mons. Fesch en la diócesis de Lyon. "El señor Bellier vino al Hermitage con el señor Mazelier a visitar al P. Champagnat ya moribundo. El señor Mazelier se marchó antes de la muerte del Padre, pero el señor Bellier permaneció en el Hermitage hasta el final y escribió al señor Mazelier una relación acerca de dicha muerte. Ello influyó en el ánimo del señor Mazelier para apresurar la unión de los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux con los del Hermitage" (AA, AFM, manuscrito, pág. 443).

<sup>14</sup>Mt 19, 29.

<sup>15</sup>Mt 6, 10; Lc 22, 41.

<sup>16</sup>Utiliza la misma expresión en su carta del 27 de mayo de 1838, a Mons. Pompallier: “María, ella es todo el recurso de nuestra Sociedad” (LPC 1, doc. 194, pág. 393).

<sup>17</sup>Tarea que el Hermano Estanislao cumplía a la perfección: “Habitualmente tomaba el recreo con los postulantes y con los Hermanos jóvenes y sabía hacerse el encontradizo con los vacilantes o que necesitaban su ayuda” (CM II, pág. 71).

<sup>18</sup>“Quienes han recibido el viático pueden recibirlo por segunda vez, e incluso más, durante la misma enfermedad, si persiste la gravedad. Pero habrán de transcurrir ocho o diez días entre ambas comuniones. Si, después de mejorar, el enfermo recae en peligro, se le puede administrar el viático, aunque no hayan transcurrido los ocho días desde la anterior recepción” (Mons. T. M. J. GOUSSET, *Théologie morale*. Edición de 1848, tomo II, pág. 141).

<sup>19</sup>El Padre Champagnat profesaba gran devoción al Ángel custodio. Recomienda a los Hermanos que “hagan cuanto puedan para inspirar a los niños” esa devoción (Regla de 1837, cap. IV, art. 14, pág. 37). En su Testamento Espiritual recuerda la importancia de dicha devoción.

<sup>20</sup>El 8 de mayo de 1840.

<sup>21</sup>Las camas de hierro se consideraban entonces como de inferior categoría que las de madera. “El Hermano Casto era geómetra, mecánico y hábil para cualquier empleo. La mayor parte de las camas de barras de hierro, que la comunidad utilizó durante mucho tiempo, fueron confeccionadas por él. Incluso se puede decir que las inventó, ya que por entonces ese tipo de camas era desconocido. El hierro para esas camas se lo había regalado al venerado Fundador la fábrica de Terrenoire, es decir, el señor Génissieux, su director” (AA, pág. 276).

<sup>22</sup>Thiollière du Treuil, que había sucedido al señor Dervieux en 1832. Carta del cardenal Donnet al Hermano Luis María, de 24 de diciembre de 1864, en la que menciona a Du Treuil: “La anécdota que acabo de presenciar en una celda de la casa madre del Hermitage, me decía, permanecerá grabada en mi corazón con caracteres indelebles” (OME, doc. 175, pág. 495).

<sup>23</sup>Pertenecía al grupo que hizo la consagración en Fourvière, pero marchó casi inmediatamente a USA, donde permaneció diez años (OM 4, pág. 302).

<sup>24</sup>El Hermano Juan Bautista copia de BAREILLE, *Historia de santo Tomás de Aquino*: “Hijo mío... no tengas miedo. Lo que fue siempre objeto de mis deseos, lo es ahora de mi gratitud: Dios me lleva de esta vida desde el estado de simple religioso... No tengas miedo, hijo mío, presiento ya una dicha sin nubes “ (4a edición, págs. 367-368. Louis Vivés, París, 1862).

<sup>25</sup>Es difícil saber el nombre de ese médico, ya que los libros de cuentas no mencionan los honorarios pagados al médico.

<sup>26</sup>Desde 1831, la comunidad iniciaba el día con ese canto (AA, pág. 98).

<sup>27</sup>Otro nombre de birrete, tocado litúrgico de los sacerdotes.

<sup>28</sup>Ravery, Juan José (1800-1868). “Fue también el autor de las pinturas que decoraban la capilla de Notre-Dame de l’Hermitage, como también del gran lienzo de la Asunción de la Santísima Virgen” (AA, pág. 185).

<sup>29</sup>Placa hallada con motivo de la exhumación de los restos en 1890 (CSG VIII, pág. 10).

<sup>30</sup>Véase la lista en AA, págs. 325-326.

## CAPÍTULO XXIII

---

Los Hermanos testimonian su amor al Padre Champagnat con fervientes oraciones  
por el descanso de su alma y por la total sumisión a su sucesor.  
Unión de los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux, a la que sigue la de los Hermanos de Viviers.  
Creciente prosperidad del Instituto. Fundación del noviciado de Beaucamps.  
Autorización legal del Instituto.  
Revisión, examen y aprobación definitiva de las Reglas por el Capítulo General.  
Estado actual de la congregación

No bien hubo fallecido el Padre Champagnat, el Hermano Francisco se apresuró a escribir una carta circular<sup>1</sup> a los Hermanos para comunicarles la dolorosa noticia.

“Queridos Hermanos –les decía–, el sábado, 6 de junio, a las cuatro y media de la madrugada, se dormía apaciblemente en el Señor, después de tres cuartos de hora de dulce agonía, nuestro venerado Superior. En esta triste ocasión, os exhortamos a mezclar con nosotros vuestra lágrimas y esperanzas. Lloramos a un tierno Padre, a un digno Superior Fundador, a un santo sacerdote<sup>2</sup>, nuestro apoyo, guía y consuelo. Lloremos, porque la muerte nos arrebató al que tan bien sabía compartir nuestras penas y guiarnos por el camino de la salvación. Ha concluido una vida penitente, laboriosa y pletórica de obras, de celo y entrega, con los sufrimientos de una larga y cruel enfermedad. Su muerte, como su vida, fue una sucesión constante de ejemplaridad: no dudamos de que habrá sido preciosa a los ojos de Dios<sup>3</sup>. Que este pensamiento<sup>4</sup>, queridos Hermanos, nos consuele y nos aliente. Tendremos un protector menos en la tierra, pero lo será más eficaz y poderoso en el cielo, junto a la divina María, pero lo será más eficaz y poderoso en el cielo, junto a la divina María, a la cual nos ha confiado al morir. Ahora nos corresponde a nosotros recoger y proseguir cuidadosamente sus últimas y conmovedoras instrucciones; hacerlo revivir en cada uno de nosotros por la imitación de las virtudes que en él admirábamos.”

El Hermano Francisco indica luego las preces que en cada casa deberán aplicar por el eterno descanso del alma del Padre amadísimo.

Fieles a esos prudentes consejos del nuevo Superior, los Hermanos, aunque muy afligidos por la muerte de su piadoso Fundador, no se desalentaron. Comprendieron que el mejor modo de expresar su afecto y piedad filial a su tierno Padre no era dejarse llevar por el sentimiento de un dolor estéril, sino imitar su ejemplo, conservar y perpetuar su espíritu y proseguir su obra. El elevado concepto que tenían de su virtud no fue óbice para que dirigieran fervientes plegarias por el eterno descanso de su alma, pues eran conscientes de que la pureza de Dios halla sobra hasta en las acciones más santas y que la vida de los hombres más piadosos y perfectos, dada la debilidad humana, no se halla exenta de imperfecciones.

Al morir el Padre Champagnat, mucha gente abrigaba serias dudas sobre el porvenir y continuidad de su obra<sup>5</sup>. ¿Será capaz, el Hermano nombrado para sucederle, de llevar esa pesada carga? ¿Aceptarán los Hermanos su autoridad? ¿Serán bastante sólidas las Reglas del Instituto y su gobierno tendrá suficiente autoridad para asegurar su existencia y desarrollo? ¿Estarán apegados los Hermanos a su vocación, tendrán suficiente virtud y experiencia como para regirse por sí mismos? ¿Serán capaces de conservar el espíritu del Fundador, de ser fieles a los principios que les dejó y de proseguir el camino que les trazó?

Tales eran algunas de las preguntas que la gente se hacía y que el tiempo vino a responder de modo tan elogioso para los Hermanos.

Efectivamente, estos últimos, penetrados de afecto y respeto hacia el Superior que se habían elegido, le ofrecieron toda la confianza, y su primera preocupación fue la de

darle muestras de entera sumisión. Fiados totalmente en su guía y solicitud paternales, continuaron entregándose con celo a su perfección y al cumplimiento de sus obligaciones con todo el empeño de que eran capaces. Tal vez la piedad, el buen espíritu, la adhesión al Instituto y la unión fraterna resplandecieron como nunca en las vacaciones que siguieron al fallecimiento del Padre Champagnat.

Por entonces se fundaron tres nuevas escuelas<sup>6</sup>: Saint-Lattier, en Isère; Digoín, en Saona y Loire, y Carvin, en el Pas-de-Calais.

Totalmente identificado con el piadoso Fundador, y deseoso de imitarlo en el modo de dirigir a los Hermanos y hacer el bien, el Hermano Francisco no cambió nada de lo que estaba establecido, y prosiguió actuando en todo como antes. Este sensato proceder le ganó el aprecio de todos, hizo amable su gobierno y le dio plena autoridad sobre los Hermanos: todos vieron con gran satisfacción que la nueva situación no había supuesto cambio alguno en la administración y que el Padre Champagnat seguía vivo, actuando por medio de su sucesor<sup>7</sup>.

\* \* \*

Uno de los primeros actos de gobierno del hermano Francisco fue la culminación de la unión de los Hermanos de María con los de Saint-Paul-Trois-Châteaux<sup>8</sup>. Viendo el señor Mazelier que su Instituto no podía desarrollarse por escasez de miembros, fue el primero en urgir la conclusión de ese proceso.

El reverendo Padre Colin, con sus buenos consejos, contribuyó también en gran manera a allanar las dificultades que parecían interponerse a dicha fusión, tan necesaria a ambas comunidades.

Las mayores dificultades provenían de la idea del señor Mazelier<sup>9</sup>, de que se pudiera enviar un Hermano solo a las parroquias más pequeñas, y que se confiara el gobierno de las Provincias a un Hermano Provincial bajo la autoridad del Superior General. El Padre Champagnat nunca había querido aceptar ninguna de estas dos condiciones, pues se oponían a lo que hasta entonces se usaba en el Instituto.

Sin embargo, como ambas partes estaban en las mejores disposiciones de entenderse y sólo se trataba de buscar la mayor gloria de Dios; como los Hermanos de ambas comunidades deseaban y pedían la unión con insistencia, y como, por otro lado, era imposible determinar definitivamente por entonces el modo de colocación, gobierno y constituciones del Instituto, se contentaron con proponer y establecer<sup>10</sup> lo que sigue:

1. Que ambos Institutos tuvieran un solo y único fin, una sola y única Regla, un solo y único gobierno.

2. Que los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux acatarían la autoridad del Hermano Francisco, se podrían bajo su obediencia y adoptarían el hábito y la Regla de los Hermanos de María. En una palabra, que ambas congregaciones constituirían una sola y tendrían un solo y único jefe."<sup>11</sup>

La unión se efectuó y se llevó a cabo sobre estas cláusulas. En abril de 1842, enviaron al hermano Juan María<sup>12</sup> para tomar posesión de la casa de Saint-Paul-Trois-Châteaux y dirigir el noviciado. Como se preveía, la unión no ocasionó inconveniente alguno y fue ventajosa para todos. Los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux no eran muy numerosos, pero eran religiosos de gran piedad y sólida virtud<sup>13</sup>. Maristas de espíritu y corazón desde tiempo atrás, no tuvieron inconveniente en someterse a la nueva Regla adoptada por ellos y en asimilar el espíritu del Instituto del que pasaban a ser miembros.

A esta unión de los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux siguió la de los Hermanos de Viviers. Esta última congregación, fundada en 1803 por el venerable señor Vernet<sup>14</sup>, rector del seminario mayor de Viviers, era poco numerosa. El celo y los esfuerzos del señor Vernet en pro del desarrollo de su obra sirvieron de poco. Y la causa del fracaso se hallaba en las raíces mismas del Instituto: dejar al arbitrio de cada uno de los Herma-

nos la vinculación a su vocación. El señor Vernet quiso introducir en la congregación una disposición que había encontrado en la Compañía de San Sulpicio; y ése fue el escollo de la incipiente comunidad. En efecto, los Hermanos, después de concluido el noviciado, al encontrarse nuevamente en contacto con el mundo, en razón de su misma actividad, iban perdiendo insensiblemente el primitivo fervor. Su voluntad, que sólo por los votos podía verse libre de los vaivenes de la inconstancia, quedaba inerte ante las tentaciones y el desaliento, en medio de las dificultades inherentes a su misión de educadores, y resultaba demasiado débil para mantenerlos en la vocación. Por eso, la mayor parte de los Hermanos mejor dotados, en cuanto se veían en posesión de su título de maestro, renunciaban a su santo estado y volvían al mundo.

Tantas deserciones causaron profunda pena al señor Vernet, y le hicieron perder las esperanzas. Convencido de la necesidad de la profesión religiosa, nació en él la idea de seguir el ejemplo del señor Mazelier y unir su congregación a la de los Hermanitos de María, que, con los votos, tenía una Regla y gobierno sólidamente establecidos.

Con ese objetivo dirigió varias cartas al reverendo Padre Cholleton para rogarle que se ocupara de gestionar dicha unión, pero le sorprendió la muerte antes de llevarla a cabo.

Monseñor Guibert<sup>15</sup>, a quien al morir había encomendado la obra de los Hermanos, culminó felizmente la gestión en los primeros meses de 1844. La unión se realizó en las mismas condiciones que la de los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux. Aunque no se hallaban tan preparados como aquéllos, no por eso fue recibida con menos satisfacción por la mayoría, pues eran conscientes de que su congregación carecía de los elementos indispensables para promover la gloria de Dios y asegurar a sus miembros plena seguridad de cara al futuro. Los Hermanos de Viviers<sup>16</sup>, al unirse a los de María, al adoptar su hábito y sus Reglas, se esforzaron al mismo tiempo en asimilar su espíritu, y muy pronto la unión de los corazones fue mucho más fuerte que los signos externos que los convertían a todos en una sola comunidad.

Ambas fusiones, con tres familias religiosas bajo un mismo guía, una misma Regla y un mismo gobierno, son posiblemente un caso único en la historia monástica. Pero lo más admirable –signo de que la Provincia lo dirigía todo– fueron las consecuencias felices que se siguieron.

Estas uniones que, según el desarrollo normal de las cosas, suelen sembrar en la congregación el germen del mal espíritu y de la discordia, en este caso sólo trajeron motivos de paz, caridad y ganas de hacer el bien. Nunca se vio tanto afecto y caridad entre los Hermanos y tanta piedad, regularidad y buen espíritu en las casas. Los Hermanos unidos, que formaron la Provincia del Mediodía, se caracterizaron siempre por su docilidad, abnegación y apego al Instituto.

El señor obispo de Viviers, que quería tener un noviciado en su diócesis, compró para su instalación un amplio edificio en la Bégude<sup>17</sup>, próximo a Aubenas. Dicho noviciado fue vivero de excelentes religiosos para el Instituto.

El de Saint-Paul-Trois-Châteaux, que hasta entonces había tenido muy pocas vocaciones, se desarrolló poco a poco y muy pronto acudieron los postulantes en tan gran número que hubo que ampliar las instalaciones.

La prosperidad de los dos noviciados fue tal que en pocos años los Hermanos se distribuyeron por todos el mediodía de Francia, y se fundaron más de cien casas.

El noviciado del Hermitage, núcleo de la vida y del auténtico espíritu del Instituto, no sólo facilitó los principales elementos humanos que constituyeron la Provincia del Mediodía, sino que al mismo tiempo siguió fundando numerosas escuelas en los departamentos de Loira, Ródano, Isère, Saona y Loira, Ain, Alto Loira, Puy-de-Dôme, Oise, Pas-de-Calais y Norte. En este último se llegó a fundar, en el transcurso del año 1846, un noviciado.

La señora condesa de la Grandville<sup>18</sup>, mujer de piedad y virtud excepcionales, corrió con todos los gastos en un gesto de generosidad que sólo puede ser inspirado por su espíritu cristiano.

Su primera idea era sencillamente fundar una escuela para los niños de Beaucamps, pequeña población del cantón de Haubourdin, cerca de Lille, donde vivía y en la que su caridad inagotable se había hecho Providencia visible. Pero luego, por el bien que los Hermanos realizaban en Beaucamps, dedujo el que podrían hacer en las demás parroquias de aquella región, cuyas necesidades eran mayores todavía. Comprendió que el único medio eficaz para conseguirlo era la fundación de un noviciado y no dudó en hacer todos los sacrificios que fueran necesarios para lograr esa fundación<sup>19</sup>.

Así pues, mandó construir una amplia casa y una capilla que ofreció al Instituto, junto con una finca cuya renta ascendía a 1800 francos, para el mantenimiento de los tres Hermanos encargados de la escuela de las parroquias de Beaucamps y Ligny. Este noviciado, obra exclusiva de la señora de la Grandville, comparte con esta generosa bienhechora una gran parte del bien que el Instituto puede realizar y le granjea la eterna gratitud de los Hermanitos de María.

\* \* \*

Los acontecimientos de 1848 no consiguieron frenar la prosperidad del Instituto. Los Hermanos, ocupados exclusivamente en la educación de los niños, siguieron disfrutando de la simpatía de los partidos y en ningún lugar fueron molestados lo más mínimo. Las elecciones del 10 de diciembre dieron el poder del Estado al príncipe Luis Napoleón, sosegaron las preocupaciones respecto al futuro del país y permitieron vislumbrar esperanzas en una etapa de seguridad en la que iba a entrar Francia. Se produjo una reacción religiosa en todos los espíritus deseosos del orden, y el señor Falloux –hombre profundamente religioso, que llegó a ser ministro de Instrucción Pública y de Cultos–, el clero y los buenos católicos aprovecharon la ocasión para exigir libertad de enseñanza. Sus constantes esfuerzos se vieron premiados por la ley del 15 de marzo de 1850.

Esta ley<sup>20</sup> otorgaba libertad de enseñanza secundaria y concedía a las congregaciones religiosas, dedicadas a la enseñanza primaria y reconocidas por el Estado, el derecho de presentación para escuelas públicas, la libre distribución de sus miembros y la exención del servicio militar. Pero al mismo tiempo creaba, a las no autorizadas, dificultades insuperables y las impedía realizar el bien<sup>21</sup>. Como quiera que la congregación se hallaba en esta comprometida situación, los Superiores no vacilaron en reanudar los trámites que ya en dos ocasiones se habían emprendido bajo el reinado de Luis Felipe y después del fallecimiento del Padre Champagnat, para conseguir el reconocimiento legal del Instituto.

Monseñor Parisi, obispo de Langres, se encargó de presentar personalmente la solicitud<sup>22</sup> al ministro de Instrucción Pública y consiguió que, entre otras instancias del mismo género, fuera la primera –y la única– en ser estudiada. El señor ministro la acogió con mucho interés y tuvo la amabilidad de presentarla personalmente al Consejo Superior<sup>23</sup>, el cual, tras el informe favorable del señor Portalis, presidente primero del Tribunal Supremo, la aprobó por unanimidad y sin discusión alguna.

Pocos días después, fue enviada al Consejo de Estado, con el informe favorable del Consejo Superior y un proyecto de decreto para el reconocimiento legal del Instituto y la aprobación de sus estatutos. Todo inducía a pensar que la solicitud se tramitaría sin dificultad, pero no sucedió así. En el Consejo encontró fuerte oposición y, tras una enconada discusión que duró más de tres horas, no se llegó a ninguna conclusión, pese a los esfuerzos del señor de Crouseilles, ministro de Instrucción Pública, que apoyaba a los Hermanos. Se aplazó la discusión a la semana siguiente. Mientras tanto, los consejeros honrados y cuantos habían aprobado la ley del 15 de marzo de 1850, se esforzaban por lograr que se aprobara la solicitud de autorización, no sólo por el interés que

les merecía la congregación de los Hermanitos de María, sino también porque se trataba de que el gobierno ratificara el derecho de reconocer, por simple decreto, a las congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza, conforme a la citada ley.

Desde este punto de vista, el asunto era de gravedad e importancia sumas; por eso, los católicos le habían prestado el mayor interés e hicieron esfuerzos inauditos para conseguir el triunfo de la causa de los Hermanos y del principio en que se fundamentaba.

Gracias a tanto esfuerzo fue reconocido finalmente dicho principio por el Consejo de Estado. El artículo principal del decreto de autorización del Instituto fue promulgado con todas las ventajas que se podían desear. Por ejemplo, se contempla el carácter religioso de la congregación y su existencia civil para todo el territorio francés, sin traba ni restricción alguna. Además, se garantiza el derecho de presentación de los miembros a las escuelas públicas, la exención del servicio militar, la posibilidad de recibir legados, tanto para el Instituto como para las escuelas, y la de adquirir y poseer bienes.

Tres días después<sup>24</sup>, el decreto era firmado por el Príncipe Presidente de la República.

Así pues, la autorización, como había prometido el padre Champagnat en su lecho de muerte, llegó en el momento preciso en que era imprescindible, y fue concedida en condiciones mucho más ventajosas que lo hubiera sido de haberla conseguido cuando la solicitaba él mismo. No cabe duda de que Dios quiso otorgarnos tal favor gracias a sus oraciones y a las de tantos buenos Hermanos que sin duda gozan con él de la gloria eterna.

Antes de morir<sup>25</sup>, decía el Hermano Lorenzo al Hermano Superior General que se disponía a salir hacia París para activar los trámites de la autorización: “No se preocupe; cuando esté arriba con el Padre Champagnat, ya verá cómo arreglamos el asunto entre los dos.”

La piedad y la virtud de aquel buen Hermano eran suficientes como para hacernos pensar que tal pensamiento le había sido inspirado por Dios para hacernos palpar la protección evidente que íbamos a recibir de nuestro piadoso Fundador en esta coyuntura.

Otro asunto, no menos importante, que desde hacía tiempo preocupaba al Hermano Francisco y a sus Asistentes, era la revisión de las Reglas y su aceptación definitiva por el Instituto.

Ya hemos advertido más arriba que el Padre Champagnat no consideró conveniente incluir en la primera edición de la Regla numerosos detalles cuya práctica era habitual, pero que podrían necesitar la sanción del tiempo y la experiencia, antes de quedar definitivamente aceptados, y comprendía, además, que las mismas Reglas que promulgaba, a excepción de los artículos fundamentales, podían ser revisadas y modificadas, si se creía oportuno, por el Capítulo General que se iba a convocar después de su muerte.

Para llevar a cabo este trabajo, el Gobierno del Instituto hizo tres cosas:

1. Consignó por escrito todas las reglas que sólo lo eran de tradición, pero cuya práctica y uso eran habituales desde los tiempos del Padre Champagnat, y que habían sido establecidas por él.

2. Cotejó minuciosamente todos los escritos, notas e instrucciones acerca de las Reglas que había dejado el piadoso Fundador. Recopiló cuanto podía iluminar, explicar, relacionar o completar determinados puntos de la Regla.

3. Coordinó el conjunto, lo ordenó y dividió en tres grandes apartados con los títulos de Reglas Comunes, Reglas de Gobierno y Guía de las Escuelas.

Una vez realizado este trabajo, tras larga discusión y maduro examen, el Hermano Superior General convocó el Capítulo General para sometérselo, estudiarlo, examinarlo y modificarlo, si hacía falta, y para adoptar y fijar definitivamente las Reglas, el gobierno y el método de enseñanza del Instituto.

Los Hermanos capitulares, en número de treinta, fueron elegidos y nombrados por todos los Hermanos profesos. Se reunieron en el Hermitage a finales de mayo de 1852<sup>26</sup>

Después de tres días de retiro, tuvo lugar la apertura del Capítulo General con una misa del Espíritu Santo y la procesión a la tumba del padre Champagnat.

Después de revisar el trabajo preparado por el Gobierno general, los Hermanos capitulares consideraron que no era posible estudiar y examinar todo en una sola sesión. Por eso determinaron que fueran tres, es decir, una por cada tema del proyecto. En la primera se ocuparían de las Reglas Comunes; en la segunda, de la Guía de las Escuelas, y en la tercera, de las Constituciones y Reglas de Gobierno.

Los miembros del Capítulo se entregaron con mucho entusiasmo al estudio y análisis de las Reglas que les habían presentado. Al ver que eran la expresión fiel de la voluntad de su piadoso Fundador, y que contenían su pensamiento y espíritu, las adoptaron con ligeros retoques tal como se las había presentado el Gobierno general. No podía ser de otro modo, ya que los capitulares eran hombres piadosos y profundamente entregados al Instituto. Formados, en su mayoría, por el mismo Padre Champagnat y penetrados de su espíritu, se aferraban a cuanto procedía de él, comprendiendo que su primera obligación era conservar las normas dadas por el buen Padre, mantener los usos por él establecidos y perpetuar su espíritu entre los Hermanos.

A pesar de algunas discusiones, a veces un tanto acaloradas, sobre determinados detalles, nunca se apartaron lo más mínimo de esta norma, ni se produjeron serias discrepancias en el seno del Capítulo. El único deseo, empeño y preocupación de los Hermanos capitulares fue conservar el Instituto tal como había sido fundado por su amadísimo Padre.

Queriendo transmitir a todos los Hermanos sus propios sentimientos y su línea de actuación en el examen de las Reglas del Instituto, se expresaban así en el prólogo que encabeza las Constituciones<sup>27</sup>.

“Queridísimos Hermanos: Creemos necesario advertiros que las Reglas y Constituciones de la congregación no son invención nuestra, sino obra de nuestro amadísimo Padre. Aunque no todas fueron escritas por él, todas son suyas; pues, o se las hemos oído de su boca, o las hemos entresacado de sus escritos y de los usos que estableció entre nosotros. Son, pues, la fiel expresión de su voluntad, y contienen su espíritu, es decir, su modo de practicar la virtud, de formar y orientar a los Hermanos y de realizar el bien con los niños. Sí, esta Regla en todas sus partes es obra del Padre Champagnat. Él estableció nuestros ejercicios diarios de piedad; de él proceden las prácticas de virtud, los votos y demás medios de santificación que hallamos en nuestro santo estado. Él estableció las relaciones de los Hermanos entre sí, con la gente y con los niños: con los Hermanos para ser buenos religiosos; con los niños, para ser sabios y piadosos educadores; con la gente, para edificarla y difundir por doquier el buen olor de Jesucristo<sup>28</sup>. Él es quien ha dado al Instituto su espíritu, carácter y finalidad y quien ha establecido su estructura externa, es decir, el hábito de los Hermanos, su régimen alimenticio, la forma de vida que los caracteriza, el alojamiento, mobiliario, método de enseñanza y sistema de gobierno con un Superior General vitalicio, auxiliado por los Asistentes<sup>29</sup>, Visitadores y representado, en las casas ordinarias, por los Directores y subdirectores.

No teníamos por qué discutir estas líneas maestras, ni menos aún añadir o suprimir ninguna, sino aceptarlas como nuestro piadoso Fundador nos las legó. El objeto de nuestra reflexión no podía ser otro que su desarrollo y aplicación. Y hemos de añadir que la mayor parte de este trabajo nos ha sido facilitado por las normas y escritos que nos dejó el Padre Champagnat. Nuestro cometido se ha limitado, pues, a recopilar, ordenar, explicar y completar esas diversas enseñanzas. Ha consistido, especialmente, en discernir y aceptar, para nosotros y para todos los demás Hermanos, el precioso patrimonio de nuestro venerado Padre. Nuestro cometido primordial y sagrado consiste

en entregáoslo como lo hemos recibido, para que, a vuestra vez, lo transmitáis a las generaciones venideras.

\* \* \*

Antes de separarse, y a petición del Hermano Superior, el Capítulo eligió un tercer Asistente, elección que recayó en el Hermano Pascal.

Durante la celebración del Capítulo General se presentó el reverendo Padre Colin en el Hermitage para animar a los Hermanos capitulares y ofrecerles sus consejos. Aprovechó la coyuntura para comunicarles la inviabilidad de unir ambas ramas bajo un superior único. Después de testimoniar a los miembros del Capítulo su satisfacción por un buen espíritu, les dijo<sup>30</sup>:

“Queridos Hermanos, he de deciros que me hallaba preocupado cuando vi cómo se deterioraba la salud del Padre Champagnat. No veía claro el porvenir de vuestra congregación. Pero Dios, que velaba por ella, se ocupó de todo e inspiró a vuestro piadoso Fundador la idea de nombrar un sucesor.

No ignoráis que, a pesar de haber cedido a mis ruegos insistentes para que os diera un sustituto, el Padre Champagnat me había hecho depositario de su autoridad y de su última voluntad. Por ello hubiera podido inmiscuirme en vuestros asuntos. Pero comprendí que sólo contribuiría a dificultar vuestro gobierno. Por consiguiente, mi deber era renunciar totalmente en favor de vuestro Hermano Superior y sus Asistentes. Y, la verdad, no podéis quejaros de su gestión, pues han dirigido prudentemente el Instituto. Todo esto me convence cada vez más de que la voluntad de Dios es que os gobernéis vosotros mismos.

Al principio, como niños recién nacidos, necesitabais ser guiados y rodeados de toda clase de cuidados por los Padres. Ahora, que habéis llegado a la edad adulta, podéis caminar solos y, por así decirlo, tenéis que emanciparos. Hijos míos, estad seguros de que los Padres ya no deben ni pueden inmiscuirse en vuestro gobierno, pues, al no estar al tanto de vuestros usos, sólo podrían obstaculizarlo. Después de haber orado mucho tiempo y examinado meticulosamente el asunto, tengo que confesaros que no creo posible someter a la autoridad del mismo Superior a Hermanos y Padres.

La voluntad de Dios se ha manifestado palpablemente con motivo de mi viaje a Roma; pues, cuando presenté al cardenal Protector de nuestra congregación mi proyecto de unir las dos ramas bajo el mismo Superior, me repitió varias veces que eso no era posible. Y recordó aquellas palabras de la sagrada Escritura: No uncirás asno con buey para labrar<sup>31</sup>. Así que, hijos míos, la voluntad de Dios es que tengáis un Superior, elegido de entre vosotros, que os gobierne en todo.

Con ello no quiero decir que rompa con vosotros y que me desinterese de todo lo vuestro. Al contrario, en cuanto de mí dependa, no perderé ocasión de seros útil. Mi voluntad es que Hermanos y Padres sigan siempre unidos, y me propongo incluir en nuestra Regla un artículo que perpetúe esta unión que viene de nuestro origen común.”

Esta declaración<sup>32</sup> del reverendo padre Colin no sorprendió a nadie, pues hacía mucho tiempo que todos los Hermanos sabían que Roma había rechazado la unión de la congregación de hermanos y Padres bajo un mismo Superior.

Los Hermanos acogieron gustosísimos la nueva edición de las Reglas. Todos se sintieron alegres y confiados. Se acrecentó su amor a la vocación y al Instituto al ver que las Reglas y las Constituciones se habían fijado definitivamente, y que quedaban garantizados así el modo de vivir del Instituto y su futuro.

\* \* \*

Desde la autorización legal y la celebración del Capítulo General, el Instituto conoció un florecimiento asombroso. Al morir el Padre Champagnat sólo había cuarenta y cinco<sup>33</sup> casas: hoy<sup>34</sup> cuenta con más de trescientas. En ellas viven y trabajan más de 1500 Hermanos, ocupados en proporcionar instrucción y educación cristiana a cincuenta mil alumnos.

◆  
<sup>1</sup> CSG I, págs. 41-42.

<sup>2</sup> ... "santo Sacerdote". La circular añade; "... de María".

<sup>3</sup> Sal 115, 15.

<sup>4</sup> "Mis". El Hermano Francisco escribe NTCF. (Nos très Chers Frères, Nuestros queridísimos Hermanos).

<sup>5</sup> El Padre Colin, entre otros, se hace eco de tal desconfianza en carta de fecha 26 de mayo de 1841, al Hermano Luis María: "La gente que está pendiente de vosotros para ver qué va a pasar al morir el Padre Champagnat, no dejará de retiraros su confianza en cuanto os vea con problemas" (AFM 51.020.11).

<sup>6</sup> LPC 2, repertorio, en las palabras correspondientes.

<sup>7</sup> Al recibir el retrato del P. Champagnat de Ravery, el Hermano Francisco escribe en su libreta de notas, el 20 de febrero de 1841: "ser su retrato vivo" (AFM, nota n.º 1, pág. 51).

<sup>8</sup> CSG I, págs. 533-536 y AFM 221.121.

<sup>9</sup> Cfr. LPC 2, págs. 390-391 y BI XXIV, págs. 176-178. Unos años después, el señor Mazelier se retiró y terminó sus días como canónigo en Valence. Falleció en Bourg-de-Péage, su pueblo natal, el 26 de junio de 1826.

<sup>10</sup> Se trata aquí de un brevísimo extracto de lo que se acordó en ambas deliberaciones: una del Consejo del Hermitage, el 20 de octubre de 1841, y otra del Consejo de Saint-Paul-Trois-Châteaux, el 29 de noviembre de 1841 (CSG I, páginas 530-536).

<sup>11</sup> De hecho, un solo Superior General, el Padre Colin; un solo Provincial, el Padre Cholleton, y un solo Director General, el Hermano Francisco.

<sup>12</sup> Su vida se halla recogida en un librito, fuera de la serie Biografías de algunos Hermanos (cfr. LPC 2, págs. 292-302).

<sup>13</sup> En las Biografías de algunos Hermanos, ver la del Hermano Paul (CM II, página 142 y ss.) que, con el señor Fièrè, era el confundador de los Hermanos de la Instrucción Cristiana de Valence.

<sup>14</sup> LPC 2, págs. 506-510.

<sup>15</sup> El señor Vernet murió en 1843. Monseñor Guibert, a la sazón obispo de Viviers, deseaba mucho más ardientemente aún dicha unión. Se llevó a cabo sin mayor dificultad, el 15 de abril de 1844. El Hermano Francisco, Director General, nombró al Director provincial, Hermano Bernardino, maestro de novicios (LPC 2, pág. 647 y 510).

<sup>16</sup> Deliberación del Consejo del Hermitage, del 17 de agosto de 1843 (CSG I, pág. 553), y Acta de fusión de los Hermanos de Viviers con los del Hermitage (CSG I, pág. 564).

<sup>17</sup> Se abrió el noviciado el 3 de marzo de 1844, con unos veinte novicios (Anales de Viviers, AFM 221.222, pág. 45 y 221.224, págs. 61-62).

<sup>18</sup> BI IX, págs. 361-368 y CSG II, págs. 496-498 y III, pág. 303.

<sup>19</sup> BI II, pág. 496 - AFM BEA, 606.012.01/02.

<sup>20</sup> Esta ley es llamada "Folloux", aunque el conde de Falloux ya no era ministro de Instrucción Pública en el momento de ser promulgada.

<sup>21</sup> Concretamente, el nombramiento de maestros dependía de un Consejo Académico (AA,AFM, manuscrito, págs. 368-369). El Hermano Francisco, basándose en una carta de 1842 del ministro Villemain, el cual admitía personalmente el principio de hacer extensiva la disposición concedida a los Hermanos de Saint-Paul –válida en los departamentos de Drôme, Isère y Hautes-Alpes–, también al departamento de Loira, siguió destinando a los Hermanos como si fuera Superior de una congregación legalmente reconocida, pero no sin provocar la reacción de los inspectores. El curso escolar 1850-1851 resultó bastante polémico (CSG I, pág. 501).

<sup>22</sup> El 30 de enero de 1851, el Hermano Francisco había enviado a Mons. Parisis, delegado en la Asamblea nacional, la petición escrita destinada al señor ministro de Instrucción Pública, y la memoria en apoyo de la solicitud de autorización (CSG II, págs. 443-444).

<sup>23</sup> Se trata del Comité del Interior, cuyos miembros más influyentes fueron el vizconde de Montesquiou, ponente, y Pérignon, presidente (CSG II, pág. 59).

<sup>24</sup> El 20 de junio de 1851 (CSG, págs. 440-450). La circular del 3 de julio describe los trámites emprendidos por el Fundador para llegar a esta meta y los que acaban de concluir (CSG II, págs. 56-74).

<sup>25</sup> El Hermano Lorenzo muere el 8 de febrero de 1851 (CSG II, pág. 70 y página 62, nota).

<sup>26</sup> El 31 de mayo.

<sup>27</sup> El Hermano Juan Bautista ofrece extractos fidedignos de la “carta a los miembros del Capítulo General” en Constituciones y Reglas de Gobierno. Périssé, Lyon, 1854.

<sup>28</sup> 2 Co 2, 15.

<sup>29</sup> Los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux y algunos otros exigían un gobierno menos centralizado. Algunos proponían que hubiese, además de los Asistentes, Provinciales que residieran en el centro de la Provincia. Los Visitadores desempeñaban un papel más bien pedagógico que pastoral y, además, la visita de las escuelas era tan sólo una parte de su cometido (AA. Manuscritos página 454 y ss.)

<sup>30</sup> En su conjunto, el extracto reproduce textualmente el original. Sin embargo, es interesante la supresión de determinados párrafos: admiración por el emplazamiento del Hermitage; la Sociedad de María que se configura no sobre las congregaciones precedentes, sino sobre la Iglesia primitiva y Nazaret; la característica de la Sociedad que es humildad, sencillez y modestia; sus humildísimos comienzos, prenda de su expansión mundial que hay que preparar por medio de este Capítulo, pues una “fisura” podría dar origen a una avalancha devastadora (AFM, Actas del Capítulo de 1852, págs. 122-125).

<sup>31</sup> Dt 22, 10.

<sup>32</sup> Desde hacía diez años, el P. Colin había dado a entender que ése era el sentir de la Santa Sede. Sin embargo, se mantendrían relaciones de amistad entre Padres y Hermanos, pero no lazos de dependencia (cfr. OM 1, págs. 13 y 14). En 1854, el Hermano Francisco asumirá el título de R.H. Superior General. En 1863, el Capítulo General, a petición de la Santa Sede, será presidido por el Padre Favre, Superior General de los Padres Maristas (cfr. AFM, Actas del Capítulo de 1862-1863).

<sup>33</sup> 48 escuelas además del Hermitage y Oceanía (AA, pág. 316).

<sup>34</sup> En 1856.

---

<b>FIN DE LA PRIMERA PARTE</b>
--------------------------------

---